¡A divorciarse tocan!

TRES ACTOS CÓMICOS DE CAPELLA Y LUCIO

50 cents.

LA FARSA:

Cubierta

de

este

número:

Loreto Prado

Enrique Chicote

y

Francisco Melgares

en

una

escena

de

¡A divorciarse tocan!

123 JACINTO CAPELLA
Y JOSE DE LUCIO

¡A DIVORCIARSE TOCAN!

JUGUETE COMICO, EN TRES ACTOS

ORIGINAL

Estrenado en el Teatro Cómico, de Madrid,
el día 10 de Diciembre de 1931

DIRIGIDOS DE
ANTONIO MERLO

UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA
PROPERTY OF
LIBRARY
AT CHAPEL HILL

LA FARSA

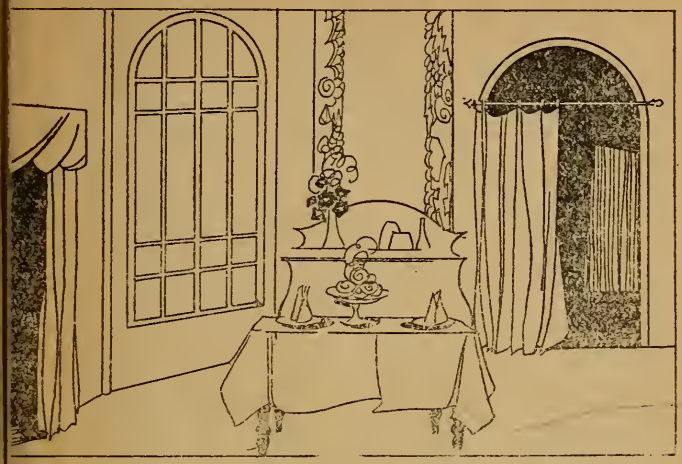
AÑO VI | 5 DE MARZO DE 1932 | NÚM. 234
MADRID

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Valentina	Loreto Prado.
Cristina	Consuelo Nieva.
Esmeraldina	Carmen L. Solís.
Jenara	Julia Medero.
Liberada	Pepita del Cid.
Petra	Luisa Melchor.
Teresa	Josefina Infiesta.
Blasa	Emilia del Cid.
Nicasia	Amalia Anchorena.
Lucía	Natividad Rodríguez.
Pascasio	Enrique Chicote.
Teodoro	Francisco Melgares.
Amador	José Cuenca.
Ciriaco	José Sampietro.
Manolo	Rodolfo Recober.
Benigno	José Lucio.
Federico	Antonio Martínez.
Miguel	José Delgado.
Benito	Juan Jiménez Romero.

La acción en Madrid.—Epoca actual.—Acotaciones del lado del actor.

NOTA.—Las cuatro últimas mujeres y los cinco últimos hombres admiten el doble.



ACTO PRIMERO

Un comedor lujoso, pero sin grandes refinamientos. Puerta de entrada al foro y una puerta más en cada uno de los laterales. En el lado derecho del foro, haciendo chaflán con el lateral de dicho lado, un balcón. La mesa del comedor, con servicio para dos cubiertos, aparece colocada en el centro. Es de día.

ESCENA PRIMERA

(*Al levantarse el telón, Petra entra por la izquierda, y, dirigiéndose a alguien de dentro, dice:*)

PETRA.—Sí, señor. Descuide usted, señorito. Ahora mismo la pondremos. (*Se dirige hacia el foro.*) Ya estamos con la manía. (*Llamando.*) ¡Matea! ¡Matea! Y luego falta que a la otra le parezca bien.

NICASIA.—(*Por el foro izquierda.*) Oye, tú, que la Matea no puede venir ahora.

PETRA.—Pues haga usted el favor, señá Nicasia, de echar una mano, que al señorito se le lía encaprichado almorzar frente al balcón. (*Entre las dos llevan la mesa frente al balcón.*)

608775

NICASIA.—Ya me ha contao la Matea que os tienen fritas con sus chifladuras.

PETRA.—¡Calle usted, por Dios! De algún tiempo a esta parte, todo el día se lo pasan regañando y haciéndonos deshacer todo lo que el otro nos mandó que hiciéramos.

NICASIA.—¡Oh, pues eso no! Quejaros al sindicato, y, por lo menos, que las tonterías os las paguen aparte.

PETRA.—En seguida. (*Se oyen dos timbrazos muy fuertes.*) ¡Ya está ahí!

NICASIA.—Pues ahí te quedas. Yo me bajo a mi portería. (*Mutis foro.*)

PETRA.—Vamos a ver. (*Más timbrazos.*)

ESCENA II

VALENTINA y PETRA.

PETRA.—¡Que ya va! Esta señorita se ha creído que una tié motocicleta pa correr por los pasillos.

VALENTINA.—(*Por la derecha.*) Pero, Petra... (*Al fijarse en la mesa cambia de tono, indignándose.*) ¡Ay, mi sangre!... ¿Esto qué es?

PETRA.—Si a la señorita no le "inrita" demasiao, la mesa del comedor.

VALENTINA.—Pero ¿qué animal la ha puesto aquí?

PETRA.—Su esposo de usté ayudao por una servidora; conque vamos, que no ha sido ningún animal.

VALENTINA.—Tienes razón, ha sido un tronco.

PETRA.—¡Señorita!

VALENTINA.—¡Naturalmente! ¿Con qué derecho se contravienen mis órdenes? Yo he dispuesto que la mesa debe estar en el centro, que es su sitio, y en el centro estará mientras yo permanezca en esta casa, que no serán muchos días, porque ya estoy hasta la coronilla de ese hombre, y lo más probable es que hoy mismo pida el divorcio.

PETRA.—¡Amos, señorita, que no es usté nadie! Total por una cabezonería...

VALENTINA.—Ayúdame a ponerla en su sitio.

PETRA.—Sí, señorita. (*Colocan la mesa en el centro.*)

VALENTINA.—Y escúchame, Petra: hasta que yo salga de aquí, la mesa no se moverá de donde acabamos de colocarla. ¿Me entiendes?

PETRA.—Por mí...

VALENTINA.—¡Pero aunque hubiese un terremoto! (*Mutis por la derecha.*)

PETRA.—Bueno. Pues que te alivies dentro de lo posible.

ESCENA III

Dichos y PASCASIO.

PASCASIO.—(*Por la izquierda.*) Oye, Petrita... (*Indignándose al ver la mesa.*) ¡Ay, que me lío a tiros con mi sombra!

PETRA.—Don Pascasio, no se ponga usted así, que ha sido la señorita...

PASCASIO.—Pero ¡maldita sea mi estampa!... ¿Aquí quién manda?

PETRA.—Eso es lo que yo me estoy preguntando desde que entré en la casa. ¡Señores!... Que mande el que sea, pero uno solo.

PASCASIO.—Coge de ahí. (*Por la mesa.*)

PETRA.—Pero, señoritos..., ¿por qué son ustedes tan cabezotas?

PASCASIO.—Oye tú, rica, obedece y no saques defectos... (*Vuelven a poner la mesa frente al balcón.*)

PETRA.—Usté perdone, señorito, que no me refería al tamaño del tornao que usté disfruta. Aludía a la testarudez que tienen ustedes ambos a dos, que nos va a hacer que estemos llevando en procesión a la mesita hasta que anochezca.

VALENTINA.—(*Por la derecha.*) ¡Ah!... ¿Pero es así como se obedecen mis órdenes?

PASCASIO.—¿Pero es que yo no soy el jefe de la familia?

VALENTINA.—¡El colocar la mesa frente al balcón es estúpido, ilógico y antiestético!

PASCASIO.—Pues será antiestético, esdrújulo y peripatético; pero para mí es higiénico, porque me da el sol en los riñones y me los calefacciona.

VALENTINA.—¡Pascasio..., pongamos la mesa en su lugar debido!

PASCASIO.—Está en su lugar descanso.

PETRA.—Pero, ¿por qué no la parten por la mitad y cada cual se sienta donde quiera?

VALENTINA.—¡A ti qué te importa este asunto!... ¡A la cocina!

PETRA.—(*Aparte.*) ¡Tanto orgullo y es hija de un ladrillero! (*Mutis foro izquierda.*)

ESCENA IV

VALENTINA y PASCASIO.

PASCASIO.—(*Aparte.*) (Para no darme hoy a mí el sol en los riñones tendría que haber eclipse.)

VALENTINA.—Le advierto a usted, caballero, que estoy decidida a separarme de ti.

PASCASIO.—Y yo te advierto a usted que lo que estoy deseando es que sea cuanto antes.

VALENTINA.—Lo que tarde mi abogado en preparar la demanda de divorcio, porque sepa usted que ya he avisado hoy a un abogado.

PASCASIO.—Celebro haber coincidido, porque precisamente hoy también he mandado yo llamar al mío.

VALENTINA.—¡Es usted inaguantable!

PASCASIO.—¡Y usté insufrible!

VALENTINA.—¡Lo feliz que voy a ser cuando no le vea!

PASCASIO.—¿Pues y yo cuando no la oiga?

VALENTINA.—Te propongo una transacción en el asunto de la mesa. Para evitar discusiones y escenas violentas, mientras estemos juntos cada día dispondrá uno donde ha de estar colocada la mesa.

PASCASIO.—Acepto.

VALENTINA.—Claro que empezaré yo a disponer; que para eso he sido la que ha tenido la idea.

PASCASIO.—Conforme.

VALENTINA.—Pues ayuda.

PASCASIO.—Sea. (*Colocan la mesa en el centro.*). Ahora que mañana se pone frente al balcón, y así el reparto es equitativo.

VALENTINA.—¡Como te encarguen a ti del reparto de las tierras, me veo con una maceta de pensamientos! Tienes el peor defecto que puede tener un hombre: el autoritarismo. Como se te ponga una idea en la cabeza, hasta que la logres.

PASCASIO.—Si nos vamos a divorciar en plazo tan breve creo que le deben tener a usted sin cuidado mis defectos.

VALENTINA.—En absoluto. Pero esto no quita para que cuando salga de esta casa me lleve el recuerdo de sus tiranías.

PASCASIO.—¿Tirano yo?

VALENTINA.—Usted, que no me ha dejado presentarme a diputado, ¡y a estas horas sería yo una señorita Campoamor!

PASCASIO.—La déspota y la tirana lo ha sido usted, que ha ensayado conmigo todos los atropellos.

VALENTINA.—¿Yo?

PASCASIO.—Usted, que empezó por obligarme a deshacerme de todos mis amigos.

VALENTINA.—¡Porque eran unos guerguistas!

PASCASIO.—A poco me hizo usted dejarme el bigote para que luciera esa brocha debajo de las narices. Por su mandato ingresé en las filas melquiadistas.

VALENTINA.—Yo creí que era el partido del porvenir.

PASCASIO.—Y últimamente, me tiene usted loco, porque aún no me he hecho azañista.

VALENTINA.—¡Porque es el que viene pegando!

PASCASIO.—¡Ay, si me hubiera dado a mí por imitarle!

VALENTINA.—¿Qué dices?... ¿Pegarme tú a mí? ¡Cobarde!

PASCASIO.—¡Valentina!

VALENTINA.—¡Pascasio!

ESCENA V

Dichos y PETRA.

PETRA.—(*Por el foro, con una sopera que coloca sobre la mesa.*) La comida está servida.

VALENTINA.—En fin, no merece usted que yo me lleve un disgusto.

PASCASIO.—Lo mismo digo, señora. (*Se sientan a la mesa, cada uno en un extremo.*)

VALENTINA.—(*Aparte.*) (¡Y que me haya gustado alguna vez este tío ordinario! ¡Es que me daba de cachetes!)

PASCASIO.—(*Aparte.*) (¿En qué estaría yo pensando cuando cargué con esta mona histérica?) (*Saca un periódico y se pone a leer.*)

VALENTINA.—(*Probando la sopa en cuanto se sirve.*) ¡Esto es una salmuera!

PETRA.—¿Qué dice usté, señorita?

VALENTINA.—(*Disimulando.*) No, nada. (*Aparte.*) (¡Qué salada eres, preciosa!) (*Alto.*) Que se te ha olvidado echar sal a la sopa. Que esto no hay quien lo pruebe de dulce que está. (*Vuelca el salero en la sopera.*) Ahora puede que no tome la sal. (*Aparte.*)

(Como lo pruebe revienta.) (*Petra pasa la sopera a Pascasio, éste se sirve, y en cuanto prueba la sopa finge devolverla.*)

PASCASIO.—¡Mi santa madre!

VALENTINA.—¿Qué..., ha tomado la sal!

PASCASIO.—¡Si me ha dejao la boca en carne viva!

PETRA.—La señorita que ha añadido sal...

VALENTINA.—¡Llévate eso! (*Petra nace mutis por el foro izquierda, llevándose la sopera.*)

PASCASIO.—Pero, releñe, ¿tú es que me has tomao a mí por un cordero?

VALENTINA.—Señor mío, yo trataba de hacerle un favor, porque la sopa estaba sosísima. Si se me ha ido la mano, ¿yo qué culpa tengo?

PASCASIO.—¡Ay, como se me vaya a mí! (*Pascasio apoya el periódico en la botella, y Valentina se sirve vino, dejando caer el periódico. Pascasio lo vuelve a apoyar sobre la jarra del agua, y Valentina vuelve a repetir el juego de servirse y dejar caer el periódico. Cuando Pascasio se harta y va a decir algo, entra por el foro izquierda Petra, trayendo una fuente.*)

ESCENA VI

Dichos y MANOLO.

PETRA.—El portero de la casa de la calle de Hermosilla pregunta por los señores.

PASCASIO.—Que espere.

VALENTINA.—Que pase. (*Petra hace mutis foro izquierda, Valentina y Pascasio se sirven de la fuente.*)

PASCASIO.—(*Aparte.*) (Bueno, si no llega a implantarse el divorcio yo era un candidato al crimen pasional.)

MANOLO.—¿Dan ustedes su permiso?

VALENTINA.—Pase, Manolo.

MANOLO.—Buenos días tengan ustedes. Y que aproveche.

PASCASIO.—Gracias.

VALENTINA.—¿Qué, ocurre algo?

MANOLO.—Mayormente, nada, señorita. Que han venido a alquilar el piso bajo. Les he dicho seiscientas pesetas...

VALENTINA.—¿Y lo han encontrado caro?

MANOLO.—No, señorita. Lo que ocurre es que... verá usté, señorita... Que la que quiere alquilar el cuarto es una señora de

esas que llevan los brillantes a barullo y que se pintan de colorao hasta la punta de la lengua..., y, la verdad, como tengo esas instrucciones de ustedes..., pues me he creído que debía consultarles antes.

VALENTINA.—Ha hecho usted muy bien.

MANOLO.—Es esta señora. (*Entrega una tarjeta.*)

VALENTINA.—(*Leyendo.*) Esmeraldina Velázquez.

PASCASIO.—¡Hombre, la cubanita!

MANOLO.—Pa mí que debe ser del teatro.

PASCASIO.—La vedette de Maravillas.

VALENTINA.—¿Esa descocada?

PASCASIO.—¡Guapa mujer!

VALENTINA.—¡Indecente!

PASCASIO.—¡Mujer!... No se debe hablar así de las personas sin conocerlas...

VALENTINA.—¡Si el indecente es para ti!

MANOLO.—¡Ah! Se me olvidaba decir a los señores que al manifestarle yo a la señora en cuestión que a los dueños no les agradaba alquilar los pisos a señoras solas, se echó a reír y me contestó: "¡Pues sí que tiene jiribilla!... ¿Sabe? Pero, en fin, hoy irá mi viejito a hablar con el propietario".

VALENTINA.—¿Su viejito?... ¡Ay, su viejito!

PASCASIO.—Quizás sea su padre.

VALENTINA.—¡O su tío el memo!

PASCASIO.—Es que viejito, en muchos sitios de América, es una palabra de cariño.

VALENTINA.—Entre esa clase de señoras el viejo es el que las sufraga los gastos. ¡El que se sacude!

PASCASIO.—Pues sea lo que sea, si paga los ciento veinte duros, ¿por qué no alquilarle el cuarto?

VALENTINA.—Yo haré lo que tenga por conveniente, que para eso la casa es mía. Y después de todo, estando esperando lo que estamos esperando..., no debía usted provocar estas discusiones.

PASCASIO.—Es verdad.

MANOLO.—(*Ingenuamente.*) ¡Ah!... Pero ¿están ustedes esperando?...

VALENTINA.—Estamos esperando.

MANOLO.—¡Quién lo iba a decir!... ¡Al cabo de tantos años de matrimonio... y salir ahora!...

PASCASIO.—¡Pues ahí está!

VALENTINA.—¡Y que ya no tiene remedio!

MANOLO.—¿Pero faltará mucho?...

VALENTINA.—¡Qué ha de faltar! Unos días.

MANOLO.—¡Mi madre! Pues con todos los respetos, señorita, no se le nota a usté nada.

VALENTINA.—Que no se me nota ¿el qué?

MANOLO.—¡Qué va a ser! Lo que se les nota a todas las señoras que están de meses mayores.

VALENTINA.—¡Pero, idiota!... ¿Quién le ha dicho a usted que yo?...

MANOLO.—¿No acaba de decir usté que están esperando... lo que están esperando?

VALENTINA.—¡Una albarda para usted!

MANOLO.—Como usté mande.

VALENTINA.—¡Lo que estamos esperando es el divorcio!

MANOLO.—Usté perdone.

VALENTINA.—Retírese y no vuelva a meterse donde no le llamen, y a esa buena señora le contesta usted que de ningún modo consentiré que una mujerzuela de esa clase venga a habitar una casa que edificó una señora tan virtuosa como mi santa madre.

MANOLO.—Así se hará y usted perdone.

VALENTINA.—¡Vaya, vaya!

MANOLO.—Muy buenas, señoritos. (*Manolo hace mutis por el foro. Petra, que durante la anterior escena ha estado sirviendo la comida, al llegar a este momento ya tiene hasta recogida la mesa, y también hace mutis por el foro.*)

VALENTINA.—(*Dirigiéndose hacia la derecha.*) ¡Pues no faltaría más!

PASCASIO.—Bueno, pero como he de averiguar la vida privada de los inquilinos, tendrás que alquilar los cuartos a las Ursulinas.

VALENTINA.—¿Decía usted algo?

PASCASIO.—Que aproveche, señora. (*Mutis por la izquierda.*)

VALENTINA.—Igualmente... y con la misma intención. (*Mutis por la derecha.*)

ESCENA VII

LIBERADA y PETRA.

(*Por el foro derecha entran LIBERADA y PETRA. La primera es una muchacha que viste un poco a lo masculino, pero joven y bonita. Trae un cartapacio o cartera con documentos.*)

LIBERADA.—Algo extraordinario tiene que haber sucedido para llamarme con esta urgencia.

PETRA.—Pues como extraordinario no ha pasao na. Que se han molestao, que se han insultao y que se han amenazao. Pero de ahí no han pasao. Y esto no es nada extraordinario, es lo de todos los días.

LIBERADA.—¿Y tu señorita, está?...

PETRA.—En su habitación. Pase por aquí. (*Liberada hace mutis por la derecha, y al ir a seguirla Petra, Pascasio entra por la izquierda y la llama.*)

ESCENA VIII

PETRA y PASCASIO.

PASCASIO.—Oye, Petra. ¿No habrá venido algún recado para mí?

PETRA.—No, señorito.

PASCASIO.—¿Ni me habrá llamado por teléfono mientras he salido algún abogado?

PETRA.—El único abogado que ha venido...

PASCASIO.—¿Que ha venido un abogado y no me habéis dicho nada?...

PETRA.—Pero si ha preguntado por la señorita, y con ella se ha encerrado en su cuarto.

PASCASIO.—¡Mi mujer encerrada con un hombre!

PETRA.—Con un hombre, no.

PASCASIO.—¡Con un abogado! ¿Qué más da?

PETRA.—Es que ese abogado es una abogada. Aquí tiene su tarjeta.

PASCASIO.—¡Atiza! (*Leyendo.*) "Liberada Cadenas, abogado. Especialista en divorcios".

PETRA.—¿Pero es que de verdad se van a separar los señoritos?

PASCASIO.—¡Y tan de verdad! Estas cosas yo no las hago de mentirijillas. Separación absoluta y perpetua. Y ahora que ya estás enterada de que voy a divorciarme de la señora, yo quisiera, simpática Petrita, que me dijeses, con toda claridad, si yo podría contar contigo...

PETRA.—¡Por Dios, señorito, que aún es usté un hombre casado! Cuando llegue el momento ya veremos, lo pensaré. Pero mientras tanto conténgase señorito, conténgase...

PASCASIO.—Pero si yo...

PETRA.—¡No, no insista, se lo ruego! Confórmese conque le diga que no me es usté indiferente... Pero hasta que llegue el momento... ¡déjeme, déjeme!... (*Mutis, coqueteando por el foro.*)

PASCASIO.—Bueno, esta demente no me ha dejado explicarle que lo que quería saber es si estaría de mi parte o de mi mujer... Y el caso es que, después de todo, como muy mal no está la chica. Cepillándola un poquito se podría...

ESCENA IX

PASCASIO y AMADOR.

AMADOR.—¿Se puede?

PASCASIO.—Ya lo creo que se pue... ¡Ah!... ¡Amigo Amador!

AMADOR.—Querido Pascasio. Encantado de verle.

PASCASIO.—Le esperaba a usted con ansiedad.

AMADOR.—¿Pero tan firme es su propósito de divorciarse como me dice en la carta?

PASCASIO.—Más aún, porque desde que se la he escrito hasta ahora me ha dado setenta motivos nuevos.

AMADOR.—Pero, ¿de qué clase son esos motivos?

PASCASIO.—¡De órdago!

AMADOR.—¿Cómo de órdago?

PASCASIO.—Que no hay manera de sufrirlos. Que basta que yo diga blanco pa que ella responda negro; y en cuanto digo me tiene que llevar la contraria, y el día entero se lo pasa pinchándome con reticencias y pullitas que me hacen la vida insoportable.

AMADOR.—Vamos a ver. ¿Usted se casaría muy joven, verdad?

PASCASIO.—¡Hombre! Las tonterías no se cometen más que en la infancia.

AMADOR.—Pero usted se casó bien enamorado.

PASCASIO.—¡Claro!... No es que vaya a decir ahora que si cargué con la Valentina fué a la fuerza, pero sí ocurrió algo especial. Su padre tenía un tejar en el camino de Canillejas, mi padre un solar colindante donde almacenaba materiales de derribo, y yo, que entonces ya hacía chapuzas por mi cuenta, pues con motivo de tener que hacer una casa, nos reunimos; el padre de la Valentina puso los ladrillos, mi padre el balconaje y las vigas, yo la mezcla..., y puestos a mezclar..., pues nos casamos la Valentina y el que narra.

AMADOR.—Pero hasta ahora se han llevado ustedes muy bien, ¿no?

PASCASIO.—Hombre..., en visita no íbamos a mentarnos las familias, pero no haría ni tres semanas que nos habíamos casao, y porque yo tuve un ataque de indignación, porque me sirvüeron un plato de sopa helao y lo tiré por la ventana al patio, pues fué la Valentina, agarró la sopera, la tiró también por la ventana y me dijo: "Si quieres que almorcemos en el patio dilo y te ayudaré a bajar objetos".

AMADOR.—¡Caracoles!

PASCASIO.—¡Si es un genio que no hay quien lo aguante!

AMADOR.—Sin embargo, no es razón suficiente para plantear un divorcio.

PASCASIO.—¡Recoliflores! ¿Pues qué hace falta para divorciarse? ¿Ir a parar a alguna clínica de urgencia?

AMADOR.—Hay que buscar un hecho concreto. Por ejemplo..., que su esposa tuviera un amante.

PASCASIO.—¡Hombre! Eso no sería motivo pa divorciarse..., sería pa abrirle la cabeza!

AMADOR.—O que fuera usted el infiel. O un vicioso empedernido, o un dilapidador...

PASCASIO.—No hay nada de eso.

AMADOR.—Pues lo único que nos queda donde fundamentar la demanda es en la incompatibilidad de caracteres.

PASCASIO.—¡Pues hombre, ahí está!

AMADOR.—Pero, ¿y las pruebas? ¿Han llegado a agredirse?

PASCASIO.—¡No crea usted que le ha faltado mucho!

AMADOR.—¿Pero no han llegado?

PASCASIO.—Y yo qué sabía... Pero vamos, si es indispensable... ¡la sacudo!...

AMADOR.—¿Insultos y frases gruesas sí se han cruzado entre ustedes?

PASCASIO.—Hemos agotao el diccionario.

AMADOR.—¿Y hay testigos?

PASCASIO.—Hombre..., ya sabe usté que la gente no acostumbra a invitar a los vecinos pa insultarse. Son cosas que se hacen mejor en la intimidad.

AMADOR.—Pues no teniendo testigos...

PASCASIO.—¿Que hemos perdido el tiempo?

AMADOR.—Naturalmente.

PASCASIO.—¡Ah! Tenemos las criadas.

AMADOR.—No es suficiente. Tanto para fundamentar la demanda como para lograr que el divorcio se pronunciara a su favor sería preciso que alguien, extraño a la casa hubiese presenciado

que usted trataba a su esposa con la mayor dulzura y la más exquisita cortesía, y ella en cambio, le correspondía a usted vejándole, insultándole o faltándole al respeto. Unicamente de esta manera conseguiríamos nuestro propósito.

PASCASIO.—Pero, ¿seguro que lo conseguíamos?

AMADOR.—Seguro.

PASCASIO.—Pues no diga usté más, porque esto lo logro yo antes de diez minutos. Ahora mismo llamo por teléfono a los porteros o a un guardia que vive en el patio, los encierro en mi despacho...

AMADOR.—Sí, pero verá usted... (*Siguen hablando en voz baja.*)

ESCENA X

Dichos, VALENTINA y LIBERADA.

(*VALENTINA y LIBERADA entran hablando por la derecha.*)

VALENTINA.—No sé si podré dominarme.

LIBERADA.—Pues si usted no se reporta no lograremos nada. Ha de proceder con una amabilidad exagerada hacia su esposo para que los testigos puedan dar fe de la diferencia de trato.

VALENTINA.—Mucho trabajo me va a costar.

LIBERADA.—¡Ah!... ¿Pero está usted aquí, Amador?

AMADOR.—¡Querido colega! Por lo visto vamos a ser contrincantes.

LIBERADA.—En el terreno profesional únicamente.

AMADOR.—Desde luego. Con su permiso voy a la Audiencia.

LIBERADA.—Yo también voy allí.

AMADOR.—Pues si quiere, abajo tengo el coche.

LIBERADA.—Encantada.

AMADOR.—Señores...

VALENTINA.—Vayan ustedes con Dios.

LIBERADA.—Hasta la vista. (*Mutis por el foro Liberada y Amador.*)

PASCASIO.—Beso a ustedes... al uno las manos y a la otra los pies.

VALENTINA.—(*Aparte.*) (¡Y que tenga yo que fingir!...)

PASCASIO.—(*Aparte.*) (Vamos por los testigos.) (*Mutis por la izquierda.*)

ESCENA XI

VALENTINA, BLASA y CIRIACO.

VALENTINA.—Bueno, ¿y a quién buscaría yo que me sirviera de testigo? (*Por el foro cruzan de derecha a izquierda Blasa y Ciriaco. Este lleva varias lecheras de metal.*)

BLASA.—(*Asomándose desde el foro.*) Muy buenas tardes, señorita.

VALENTINA.—Hola. ¿Qué, ocurre algo, Blasa?

BLASA.—No, señorita, que se nos ha ido el repartidor y vengo acompañando a este chico, que es de mi pueblo, pa enseñarle las casas y que le conozcan.

VALENTINA.—Muy bien.

BLASA.—Hasta ahora, señorita. (*Hace mutis por la izquierda.*)

VALENTINA.—(*Acudiéndole una idea.*) Oiga usted, Blasa... ¡Blasa!

BLASA.—(*Asomándose.*) Mande, señorita.

VALENTINA.—¿Usted me querría hacer un favor?

BLASA.—¡Por Dios, señorita! Lo que usté quiera.

VALENTINA.—Se le va a hacer algo raro, pero en definitiva no es nada importante.

BLASA.—Diga usté.

VALENTINA.—Mire, Blasa; yo necesito que usted entre en esta habitación para que desde allí pueda escuchar la conversación que voy a tener con mi esposo. Pero sin perder un detalle y fijándose muy bien hasta en el tono en que yo le hablo y en el que él me hable a mí.

BLASA.—Pero, ¿y eso para qué?

VALENTINA.—No puedo entretenerme ahora en darle explicaciones. Si me quiere usted hacer este favor, yo se lo agradeceré infinito, y si no ¿qué se le va a hacer?, tendré paciencia.

BLASA.—De ninguna manera, señorita. Si yo por usté rodar que me mande.

VALENTINA.—Gracias. (*CIRIACO aparece en el foro con sus lecheras.*)

BLASA.—Voy a despedir al chico.

VALENTINA.—No, que pase con usted, así no estará usted sola. (*Aparte.*) (Y que mejor son dos.)

BLASA.—Bueno, tú, Ciriaco. (*Le hace señas con la cabeza de que la siga y el muchacho lo hace. Aparte.*) (¿Se habrá vuelto loca?) (*Mutis Blasa y Ciriaco por la derecha.*)

ESCENA XII

VALENTINA, PETRA y BLASA.

PETRA.—(*Por el foro.*) Señorita.

VALENTINA.—¿Qué pasa?

PETRA.—Un caballero que pregunta por los señores.

VALENTINA.—¿Quién es?

PETRA.—Dice que no le conocen. Viene para alquilar el piso de la calle de Hermosilla.

VALENTINA.—¡Ah! Que pase aquí, al comedor; qué más da. (*Mutis Petra por el foro.*)

BLASA.—(*Por la derecha.*) Oiga usté, señorita. Digo que voy a bajar en un vuelo a la tienda, porque es que he dejao en el despacho a la chica pequeña, y no vaya a alarmarse si tardamos. Ya sabiendo que estamos aquí, si ocurriera algo me avisaba...

VALENTINA.—Bien; pero suba pronto.

BLASA.—En seguida. (*Mutis foro.*)

ESCENA XIII

VALENTINA y TEODORO.

(*Por el foro entra TEODORO, joven, elegante, distinguido, jovial.*)

TEODORO.—A los elegantes y diminutos pies de usted, señora.

VALENTINA.—Beso a usted la enguantada y distinguida mano. (*Aparte.*) (¡Qué tío más finolis!)

TEODORO.—¿Es a la propietaria de la casa de la calle de Hermosilla, 157 a quien tengo el honor de dirigir la palabra?

VALENTINA.—A la misma si no mienten las escrituras que obran en mi poder, debidamente inscritas en el Registro de la Propiedad.

TEODORO.—Pues yo vengo de parte de la señorita Esmeraldina Velázquez.

VALENTINA.—Ya. ¿La vedette de Maravillas?

TEODORO.—Justo. ¿La conoce usted de trabajo?

VALENTINA.—Sí, señor.

TEODORO.—¿Acaso la ha visto en "Las pieles rojas?

VALENTINA.—La he visto en sus propias pieles, porque esa señorita sale a la escena casi como su mamá la depositó en el mundo.

TEODORO.—Sí, claro; las revistas de hoy día tienen esas exigencias que no es posible soslayar. Sin embargo, contra lo que usted pudiera imaginarse, Esmeraldina es una santa. El salir a escena con tan poca ropa y el tener que retorcerse como lo hace en "La chirimoya" le cuesta lágrimas de sangre. Todos los días me lo dice: "¡Ay, viejito..., cuándo podré retirarme!" Porque ella, créame, señora, no tiene otra ilusión que retirarse.

VALENTINA.—Pues que se lo pida a Azaña.

TEODORO.—En fin, el asunto es que se ha enamorado del piso; principalmente por el jardincito, qué dice le recuerda, yo no sé por qué, la manigua de Cuba, su patria. Calcule usted el disgusto que le habrá proporcionado el saber por el portero que su esposo se niega a alquilarle el piso por el hecho de ser una señora sola, que no lo es, porque yo respondo por ella. Es una inquilina tranquila que no recibe a nadie. Unicamente a mí, que soy..., ¿cómo le diría yo?... ¡Ah, sí!... ¡Su gigoló!

VALENTINA.—Bueno, señor de gigoló.

TEODORO.—Teodoro Balconcillo, para servirle. Deportista e hijo del magistrado del mismo nombre y apellido.

VALENTINA.—¡Ah!... ¿Hijo de un magistrado? (*Aparte.*) (Este sí que podría ser un testigo.)

TEODORO.—Yo no alquilo la casa a mi nombre porque soy casado y...

VALENTINA.—Comprendido, señor Balconcillo. Y desde luego, tratándose de una persona de la solvencia de usted, por mi parte no tengo ningún inconveniente en alquilar el piso a esa señorita.

TEODORO.—Muchísimas gracias. Con razón me decía yo que tenía usted cara de ser una buena persona.

VALENTINA.—¿Le parezco buena persona, verdad?

TEODORO.—Estoy seguro de ello.

VALENTINA.—¿Se atrevería a decirlo delante de gente?

TEODORO.—¿Por qué no?

VALENTINA.—Muchas gracias. (*Toca un timbre.*) Pues nada, voy a avisar a mi esposo, porque ya se hará usted cargo que aunque la casa es mía yo no quiero tomar ninguna determinación sin el consentimiento de mi marido.

TEODORO.—Es usted una esposa modelo.

VALENTINA.—En efecto, soy una esposa modelo. ¿También se acordará usted de esta frase si tuviera que repetirla?

TEODORO.—Desde luego.

VALENTINA.—¿No tendrá ningún inconveniente?

TEODORO.—¿Por qué?

VALENTINA.—¿Y si tuviera que atestiguarlo?

TEODORO.—Lo mismo. (*Aparte.*) (¿Por qué me dirá estas cosas?)

VALENTINA.—Muy bien. Pues ahora, en cuanto salga mi esposo, yo haré todo cuanto me sea posible para que le complazca.

TEODORO.—Se lo estimaré infinito, porque a Esmeraldina es que le ha gustado el jardincito..., ¿cómo le diré? Quizá más que yo.

VALENTINA.—No sea usted modesto. Si usted con esa ondulación debe ser de los que las atropellan.

TEODORO.—No me gusta presumir; pero, en efecto, mujer que me dice una vez: Teodoro, a la segunda ya me está diciendo: ¡Te adoro!

VALENTINA.—¿Se equivocan?

TEODORO.—No, se enajenan.

VALENTINA.—¡Ah, sí! Se comprende.

ESCENA XIV

Dichos, PETRA y PASCASIO.

VALENTINA.—(*A PETRA, que entra por el foro.*) Di al señor que tenga la bondad de venir. (*Petra hace mutis por la izquierda.*)

TEODORO.—¡Cómo pagarle tanta molestia!

VALENTINA.—Quizá no tardando mucho yo le pida a usted otro favor.

TEODORO.—Con mil amores, señora.

VALENTINA.—Pues escuche: Cuando salga mi esposo, yo le ruego que mientras se habla del asunto del piso tome usted buena nota de su actitud, de sus palabras...

TEODORO.—¿Qué quiere usted decirme, señora?

VALENTINA.—¡Chiss!... Ahí sale. (*Por la izquierda entran PASCASIO y PETRA, ésta hace mutis por el foro.*)

PASCASIO.—¿Qué hay, cielín?

VALENTINA.—(*Extrañada.*) ¿Eh?...

PASCASIO.—Petra me ha dicho que me llamabas...

VALENTINA.—Perdona si te he interrumpido, vidín, pero es que este señor...

PASCASIO.—Caballero...

TEODORO.—Señor mío.

VALENTINA.—Mi esposo, don Teodoro Balconcillo, aquí el joven viene a alquilar el piso de Hermosilla, el que le gusta a la vedette.

PASCASIO.—El que le gusta ¿es el señor o el piso?

VALENTINA.—El piso, hombre.

TEODORO.—Digamos... los dos.

PASCASIO.—Bien, es lo mismo. Pues nada, en eso lo que tú digas, Valentinita. Ya sabes que tu voluntad es la mía, máxime en un asunto que te pertenece a ti por completo. (*Aparte.*) (Me parece que no se puede estar más cariñoso.)

VALENTINA.—Eso de ninguna manera, Pascasitín. Todo lo mío es tuyo. ¡Pues no faltaba más!

TEODORO.—(*Aparte.*) (¡Cómo se quieren! ¡Es una pareja feliz!)

PASCASIO.—¡No puedo aceptarlo, vida! Tú eres la que has de decidir.

VALENTINA.—Pero, ¿he hecho yo algo en mi vida que no haya sido dictado por ti?

PASCASIO.—(*Aparte.*) (¡Ay, qué hipócrita! A esta también la ha aleccionado la abogadita.)

VALENTINA.—Yo le ruego a usted, caballero, que a fin de que mi esposo se percate de la clase de persona a quien va a alquilar el piso, porque mi opinión es que debe alquilárselo, le repita usted como a mí las virtudes que adornan a esa señorita.

TEODORO.—Dice usted bien, señora. (*A Pascasio.*) Esmeraldina Velázquez es única en el género.

PASCASIO.—Sí, la conozco. La he oído cantar aquella rumba que decía: (*Canturreando.*) "Mamita, yo quiero pulpa." (*Marcando unos pasos de rumba.*)

TEODORO.—Mamita, dame mamey.

LOS DOS.—Y dime qué es lo que hasemos...

VALENTINA.—(*Aparte.*) (Yo creo que hacen el buey.)

TEODORO.—Bien. Y entonces, ¿qué recado llevo a Esmeraldina? ¿Puede contar con el piso?

PASCASIO.—Por mí no hay inconveniente; tú decidirás, ¡amor mío!

VALENTINA.—¡Yo lo que tú determines, tesoro!

TEODORO.—(*Aparte.*) (¡Qué matrimonio más encantador!)

PASCASIO.—(*Idem.*) (¡Embustera!)

VALENTINA.—(*Idem.*) (¡Farsante!)

TEODORO.—Bueno, pues ustedes dirán...

PASCASIO.—Yo ya he dao mi opinión.

VALENTINA.—Y yo la mía, que es la de siempre. Lo que ordene mi dueño y señor.

TEODORO.—(*Aparte.*) (¡Qué par de tórtolos!)

PASCASIO.—Sin embargo...

TEODORO.—Vamos, caballero, que ya veo que es usted quien ha de decidir. ¿Accede?... ¿Verdad?

PASCASIO.—(*Amoscado.*) Por mí, sí; pero que sea ella la que se lo diga, porque yo conozco a mi mujer y si yo tomo una determinación, sea la que fuere, tan pronto como usted salga de aquí la ha de censurar terriblemente... y yo no quiero disgustos.

VALENTINA.—(*Quemada.*) Pero... ¿te has vuelto loco, Pascasio?

PASCASIO.—¡Ah! Caballero, usté es testigo. ¡Me ha llamado loco!

VALENTINA.—Cariñosamente.

PASCASIO.—Cariñosamente, pero loco.

TEODORO.—Bien, pero en resumidas cuentas...

VALENTINA.—Que si mi esposo está conforme, suyo es el piso.

PASCASIO.—Pero, ¿cómo voy a ser yo el que decida, después de haberte oído gritar hace un momento que de ningún modo consentirías que una casa que te legó tu santa madre fuera a servir para albergar las liviandades de una mujerzuela como esa señorita?

VALENTINA.—¡Yo no he dicho eso!

PASCASIO.—¡Se lo has dicho al portero!

VALENTINA.—¡Mentira!

PASCASIO.—¡Me ha llamado embustero!... Loco y embustero. ¡No!

VALENTINA.—¿Sabe usted lo que le digo?

TEODORO.—¡Por Dios, señores!

VALENTINA.—(*Apartándole y pasando al lado de Pascasio.*) ¡Déjeme usted en paz! (*A Pascasio.*) Que a mí no me la da usted, ¡so hipócrita!

PASCASIO.—¡Hipócrita también! (*A Teodoro.*) Tenga la bondad de no olvidarlo.

VALENTINA.—Esa fingida mansedumbre que ha estado usted demostrando es consecuencia de las instrucciones de su abogado. ¡Estoy al cabo de la calle!

PASCASIO.—¿Y esos piropos que por primera vez en su vida me ha dedicado usté, qué son sino consejos del suyo?

VALENTINA.—¡Naturalmente! ¿Es que de por mí iba yo a piropear a un idiota como usted?

PASCASIO.—¡Qué cinismo!

VALENTINA.—(*A Teodoro.*) Caballero, sea usted testigo. ¡Me ha llamado cínica!

PASCASIO.—¡Y usté a mí idiota, que esto no se lo dice a su marido ninguna mujer decente!

VALENTINA.—¡Ah!... ¡Y ahora indecente!... ¡Indecente a su legítima esposa!... ¡Canalla!... ¡Bandido!

PASCASIO.—¡Histérica!

VALENTINA.—¡Morral!

TEODORO.—¡Pero, señores..., cálmense!

PASCASIO.—Usted recordará que de ella ha partido la agresión...

VALENTINA.—No he hecho más que contestar a sus groserías e incumplidamente.

PASCASIO.—Por si olvida alguno de los insultos voy a escribírselos en un papel.

TEODORO.—Por mí no se moleste. (*Pascasio se retira a un lado y escribe en un papel febrilmente.*)

VALENTINA.—(*Acercándose a Teodoro.*) Supongo que un hombre de honor como usted no se negará a dar su testimonio si se lo pidiera la justicia.

TEODORO.—Pero escuchen ustedes...

VALENTINA.—Voy a darle una nota de todos los epítetos insultantes que me ha dirigido ese grosero. (*Se va al extremo opuesto que Pascasio. También escribe nerviosamente.*)

TEODORO.—(No, esto sí que no, aunque me cueste regañar con Esmeraldina. ¿Verme envuelto en un proceso, expuesto a que llegue a oídos de mi mujer que he alquilado un piso a una vedette, para que le dé también por divorciarse y el suegro me retire la renta?... ¡No, no, no! Yo me largo sin despedirme.) (*Inicia el mutis.*)

PASCASIO.—(*Deteniéndole.*) ¡Caballero!... Aquí tiene usté la nota... ¿Su nombre es Teodoro Balconcillo?

TEODORO.—Eso eso.

PASCASIO.—¿Domicilio?

TEODORO.—(*Rápido después de dudar un momento.*) En la Prosperidad, Avenida de Cervantes, 112. Hotel.

PASCASIO.—Muchas gracias. Ya puede retirarse.

VALENTINA.—¡Un momento, señor! Aquí tiene la lista de los conceptos calumniosos y groserías que me ha lanzado ese individuo. ¿Su gracia es Teodoro Balconcillo?

TEODORO.—Sí, señora.

VALENTINA.—¿Domicilio?

TEODORO.—Guzmán el Bueno, 36, Carabanchel Alto, donde tienen su casa.

VALENTINA.—Muchísimas gracias. Usted ya ha tomado posesión de la suya.

TEODORO.—¡Señores..., hasta la vista!

PASCASIO.—¡Hasta el día del juicio!

VALENTINA.—¡Eso es! ¡Hasta el día del juicio!

TEODORO.—¡Hasta el juicio final! (*Mutis foro.*)

ESCENA FINAL

VALENTINA y PASCASIO. Luego NICASIA, BENITO, MIGUEL y CIRIACO.

VALENTINA.—Mañana mismo presentará mi abogado la demanda de divorcio, que será fallado a mi favor, porque este testigo, que es todo un caballero, declarará contra usted.

PASCASIO.—Eso ya lo veremos.

VALENTINA.—Estoy dispuesta hasta regalarle el piso.

PASCASIO.—¡Eso es un soborno!

VALENTINA.—¿Y quién me lo demuestra?

PASCASIO.—¡Inocente! Pero, ¿usté se figura que yo me succiono las yemas de los dedos? Que declare ese señor lo que quiera, que contra su declaración estarán las de mis testigos.

VALENTINA.—¿De qué testigos?

PASCASIO.—De los que he tenido el talento de prevenirme. (*Asomándose a la izquierda.*) Salgan ustedes. (*Entran NICASIA, BENITO y MIGUEL.*)

VALENTINA.—¡La señora Nicasia!

PASCASIO.—La portera, sí, señora, y su hijo y...

NICASIA.—(*Presentando a Miguel.*) Aquí es el electricista que estaba repasando la escalera, y como usté me dijo que si podía subir con alguien más sería mejor...

PASCASIO.—Muy bien hecho, Nicasia.

NICASIA.—Una, ¿a qué está?, a servir a los señores. Y que esos dos duros que nos ha ofrecido usté por cabeza nunca están de más en casa de un pobre.

PASCASIO.—Bien, bien, dejemos eso. El asunto es que ustedes se habrán hecho cargo de que la señora me ha insultado gravemente.

NICASIA.—Sí, señor.

BENITO.—Lo hemos oído.

VALENTINA.—También habrán oído ustedes los insultos que él me ha dirigido a mí.

PASCASIO.—No han podido oírlos, porque no es cierto que yo los haya lanzado.

NICASIA.—No, señorito; no los hemos oído.

BENITO.—Ni una palabra.

VALENTINA.—¡Qué sinvergüenzas!

PASCASIO.—¡Añadan..., añadan esta frase!

VALENTINA.—¿Conque no le han oído llamarme indecente?

NICASIA.—No, señora.

BENITO.—No, señora.

MIGUEL.—¡Ea!... ¡Pues yo sí lo he oído!

NICASIA.—¡Miguel!

PASCASIO.—¡Ay, mi madre!

MIGUEL.—Las cosas claras y el chocolate pa las viejas. Yo no me vendo por dos duros, y la verdad es que los dos se han puesto como hoja de perejil.

NICASIA.—¡Pa eso no has subido con nosotros, so ganso!

MIGUEL.—¡La gansa lo será usté!

BENITO.—¡A mi madre no la faltas tú!

NICASIA.—¡Déjale, que no tié una mala bofetá!

PASCASIO.—¡Pero, señores!

MIGUEL.—¡Ni hay quien me la dé!

BENITO.—¡O puede que sí!

MIGUEL.—¡Embustero!

NICASIA.—¡Granuja! (*Se van a enzarzar los dos hombres y Nicasia; Pascasio los separa.*)

PASCASIO.—¡Por Dios! Señores, cálmense. (*A Miguel.*) Usté se retira y en paz. Si yo con dos testigos tengo bastante.

VALENTINA.—(*A Miguel.*) ¿Usted declara a mi favor?

MIGUEL.—Yo declararé la verdad, o sea en contra de los dos.

PASCASIO.—¡Estas más sola que un hongo!

VALENTINA.—¡Pero, idiota!...

PASCASIO.—¡Otro más, otro más!

VALENTINA.—¿Crees tú que lo que a ti se te ocurra no se me ha ocurrido a mí tres horas antes? Yo también tengo mis testigos. (*Asomándose a la derecha.*) Sal, muchacho. (*Entra CIRIACO con sus lecheras.*) ¿Has oído todos los insultos?...

CIRIACO.—¿Eh?...

VALENTINA.—¡Que si has oído los insultos!

CIRIACO.—Cuando suba mi tía.

VALENTINA.—¡Dios mío!... ¡Si es como un tabique!... ¡El único testigo que tengo... y me resulta sordo!

TODOS.—¡Es sordo!

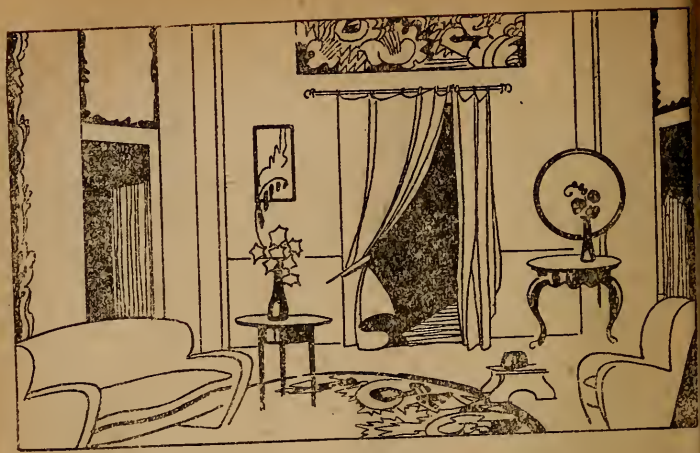
CIRIACO.—¿Qué dicen?

VALENTINA.—¡¡Que así revientes!!

CIRIACO.—Desde chico; sí, señora.

VALENTINA.—¡Dios mío!... ¿Por qué habrá sordos? ¿Por qué habrá sordos en el mundo?... (*Desesperada se deja caer en un sillón mientras Pascasio se ríe y cae el telón.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Saloncito elegante y coquetón. Puerta al foro y dos más en cada uno de los laterales.

ESCENA PRIMERA

ESMERALDINA y JENARA

(Al levantarse el telón ESMERALDINA y JENARA aparecen sentadas en primer término del lado izquierdo. Esmeraldina es joven, bonita y elegante. Habla con ligero acento cubano, viste un pijama y fuma. Jenara, una flamenca que ya traspuso los cuarenta, aunque sigue de buen ver, tiene un periódico en la mano que en seguida deja sobre la mesita que hay entre ellas con los útiles de fumar.)

JENARA.—Esto está pero que más claro que la luz. Don Anselmo ha untao a Benítez pa que le dé un bombo a su bailarina.

ESMERALDINA.—Pero esto es una injusticia. ¿No soy yo la *vedette* y ella una desconocida?

JENARA.—Natural.

ESMERALDINA.—Entonces, ¿por qué su nombre va a sonar más que el mío?

JENARA.—Si suena menos, mujer. Por eso la dan el bombo. Pa ver si así suena.

ESMERALDINA.—¡Es un asco! ¡Con lo que me ha costado a mí el dichoso estreno de "El Polo Norte"... ¡Hasta hacer cama ocho días!

JENARA.—¿Pero a quién se le ocurre irse al Polo sin más abrigo que un sostén?

ESMERALDINA.—Te digo que estoy desesperada.

JENARA.—¡Qué diferencia de estos tiempos a los míos! Entonces se conquistaban los puestos sólo por arte. Salíamos arropadas hasta la nuca. Y no como ahora, que tenéis que enseñar al público lo que antes no le enseñaba una a su marido más que en contadas solemnidades. Claro que entonces había que cantar, no como ahora, que en vez de probar la voz a las tiples les miden las pantorrillas.

ESMERALDINA.—¡Qué cosas dices!

JENARA.—Cantaba yo "El rey que rabió" con un sentimlento... Como que al llegar en la romanza a aquello de |Ay, de mí..., ay, de mí...", había noches que se asomaba el médico a las cajas para preguntarme si me dolía alguna víscera.

ESMERALDINA.—¿Es que te daba algo?

JENARA.—Me daba tres duros el empresario. Y por quince cochinas pesetas me quedaba ronca de tanto cantar...

ESMERALDINA.—¡Qué explotación! Así se explica que después de tanto arte y tanto saber cantar te tuvieses que salir del teatro sin una mala peseta.

JENARA.—De esto tuvo la mayor parte de la culpa el charrán de mi marido, q. a. r. d. s. h.

ESMERALDINA.—¿Qué dices?

JENARA.—Q. a. r. d. s. h. ¡Que así reviente donde se halle! Era tenor de género grande, pero como sinvergüenza, más grande que el género

ESMERALDINA.—¿Y qué te hizo?

JENARA.—Pues la chirigota siguiente: mientras estaba yo desempeñando "Los diamantes de la corona", me empeñó todos los de mi propiedad, desapareció con una partiquina ¡y hasta ahora!

ESMERALDINA.—¡Qué guanajo!

JENARA.—En fin, eso ya pasó.

ESCENA II

Dichas y LUCIA.

LUCIA.—(*Por el foro derecha.*) Señorita...

ESMERALDINA.—¿Qué hay?

LUCIA.—Una señora pregunta por usted.

ESMERALDINA.—¿Quién es?

LUCIA.—No la conozco, y no ha querido dar su nombre.

JENARA.—¡Caray!

ESMERALDINA.—Mira, recíbela tú, Jenara, que yo voy a aviarme un poco, no sea que se presente mi viejito. (*Mutis primera izquierda.*)

JENARA.—Dila que pase. (*Mutis Lucía foro derecha.*) ¡A ver quién es esta señora desconocida!...

ESCENA III

JENARA y CRISTINA

CRISTINA.—(*Por el foro derecha.*) Con permiso.

JENARA.—Pase usted.

CRISTINA.—(*Avanzando.*) Muy buenas. ¿La señorita Esmeraldina?

JENARA.—No puede salir en este momento porque está muy ocupada con el modisto, el peluquero, el zapatero, el sombrerero, la masajista y el perfumista.

CRISTINA.—¡Vaya una lista!

JENARA.—Ahora que lo que usted desee de ella puede comunicármelo a mí, que soy su amiga íntima y consejera.

CRISTINA.—No hay inconveniente.

JENARA.—Siéntese. (*Lo hacen.*)

CRISTINA.—Muchas gracias. Pues verá usted. Yo soy la presidenta de la Junta de damas de "La alerta social", institución que tiene por objeto el amparo de los obreros inmóviles.

JENARA.—¿De qué obreros dice usted?

CRISTINA.—De los inmóviles. Existen los parados, que son los que accidentalmente no trabajan, y viene luego los inmóviles, que son los que no han trabajado en su vida. A estos últimos son los que nosotras tratamos de proteger, porque de los parados ya se ocupa el Ayuntamiento.

JENARA.—¡Magnífico! Es una idea de lo más altruísta. ¡Pobrecitos inmóviles!

CRISTINA.—Por simpatía nos han enviado su adhesión varios diputados y concejales. Y como ahora tratamos de organizar una función benéfica para allegar fondos, quisiéramos que Esmeraldina nos prestase su concurso.

JENARA.—Si le es posible no creo que se niegue. Yo se lo preguntaré.

CRISTINA.—Muchísimas gracias.

JENARA.—Espere un momento. Con su permiso. (*Mutis primera izquierda.*)

CRISTINA.—No faltaba más.

ESCENA IV

VALENTINA y CRISTINA

VALENTINA.—(*Entrando por el foro derecha.*) Bueno, llevo de antesala más tiempo que si hubiera venido a sacar la cédula. (*Al ver a Cristina.*) Esta no tiene pinta de *vedette*. Pero entre dialogar con el perchero o con esta señora, o lo que sea, opto por esto. (*Alto.*) Señora...

CRISTINA.—Señora...

VALENTINA.—Usted no es la artista, ¿verdad?

CRISTINA.—No.

VALENTINA.—Ya me lo figuraba. La pregunta era porque..., porque, vamos, de alguna manera hay que empezar a hablar.

CRISTINA.—Sí, claro. Pues la *vedette* me parece que tiene varias visitas.

VALENTINA.—No me extraña. Estas mujeres tienen más visitas que Marañón.

CRISTINA.—Por lo visto usted tampoco es artista.

VALENTINA.—No, señora. A mí el teatro me hace muy poca gracia, y estas señoritas, que enseñan con tanta facilidad los interiores, me dan cien patadas. Yo soy una señora casada...

CRISTINA.—Y tal vez su esposo...

VALENTINA.—No, señora, nada de eso. No es que yo vaya a poner las manos en el fuego por mi marido, pero que vamos, si yo hubiera venido para una reclamación de ese género, no iba a estar con esta tranquilidad. Hubiera entrado derribando los muebles, dando gritos...

CRISTINA.—Usted perdone.

VALENTINA.—De nada. Yo he venido únicamente para averiguar las señas de un pirandón que es el individuo que le costea a Esmeraldina la subsistencia y los recreos, porque es que ha estado en casa para alquilarle un piso para la *vedette* y me ha dado unas señas de su domicilio más falsas que las dos pesetas que me ha largado el chófer en la vuelta. ¿Usted no conocerá al amiguito de Esmeraldina?

CRISTINA.—No, señora. Si yo casi no la conozco a ella.

VALENTINA.—Es un pollo de esos que ahora fabrican por series. Claro que así tenía que ser para haberse dejado enganchar por esta pájara, que le estará arruinando...

CRISTINA.—¡Qué atrocidad! ¿Y puede que hasta sea casado?

VALENTINA.—Claro que lo es.

CRISTINA.—Parece increíble...

VALENTINA.—Y, además, tonto. Es hijo de un magistrado.

CRISTINA.—(*Preocupada.*) ¿Hijo de un magistrado y tonto?... ¿No sabe usted su nombre?

VALENTINA.—Teodoro Balconcillo.

CRISTINA.—¡¡Ah!!

VALENTINA.—¿Le conoce usted?

CRISTINA.—¡¡Es mi marido!!

VALENTINA.—¡¡Atiza!!

CRISTINA.—(*Muy nerviosa.*) ¡Infame!... ¡Canalla! ¡Y que le haya sido yo tan estúpidamente fiel!... ¡Ay!... ¡Ay!... (*Le da un ataque.*)

VALENTINA.—¡Señora, por Dios, cálmese!

CRISTINA.—¡Ay!..., ¡ay!...

VALENTINA.—¡Ahora sí que he hecho las diez de últimas!

CRISTINA.—¡¡Ay..., aaaay!!... (*Cae desmayada, sujetándola Valentina, que la lleva hasta una silla del lado izquierdo.*)

VALENTINA.—¡Pues sí que la he hécho yo buena!... ¡Señora! (*Dándole aire.*) No, si cuando yo meto la pata, la meto de verdad... ¡Ay, que yo creo que se ha muerto!... ¡Socorro! ¡Auxilio!... ¡Señora! ¡Señora!...

ESCENA V

Dichas, ESMERALDINA, JENARA y LUCIA.

(*Simultáneamente entran ESMERALDINA y JENARA, por la izquierda, y LUCIA por el foro.*)

LUCIA.—¿Qué pasa?

JENARA.—¿Qué es esto?

ESMERALDINA.—¿Qué ocurre?

VALENTINA.—Casi nada. Esta señora que se ha sincopado.

ESMERALDINA.—Pero usted...

VALENTINA.—Ya les explicaré quién soy. Ahora atiendan a la privada.

ESMERALDINA.—Pero, ¿cómo ha sido el accidente?

VALENTINA.—Pues que... la estaba explicando una película algo dramática y de pronto le ha dado un ataque de nervios y se ha desmayado.

ESMERALDINA.—¿Y qué hacemos? ¡Habrá que avisar a un médico!

JENARA.—Deja, deja de avisar a nadie. Vamos a echarla en la cama y que descanse. Esta señora debe ser una histérica terrible, y en cuanto se le pase la impresión de la película se levantará sin acordarse siquiera...

VALENTINA.—(*Aparte.*) (¡En seguida se le va a olvidar!)

JENARA.—(*A Lucía.*) Ayúdame.

LUCIA.—Vamos.

ESMERALDINA.—¡Qué contrariedad, como no vuelva en sí pronto!

(*Entre Esmeraldina, Jenara y Lucía se llevan a Cristina por la izquierda.*)

VALENTINA.—La contrariedad va a ser cuando vuelva. Yo no me espero. Ya averiguaré las señas de este tío en otra ocasión.

ESCENA VI

VALENTINA y TEODORO

TEODORO.—(*Desde el dintel del foro. Trae un paquetito de confitería.*) ¿Dónde está mi criollita?

VALENTINA.—¡Atiza..., quién está aquí! (*Remedándole.*) ¡En la camita y desmayadita!...

TEODORO.—(*Extrañado.*) ¡Señora!

VALENTINA.—¿Con qué vivía usted en Carabanchel Alto, calle de Guzmán el Bueno, 36?

TEODORO.—No, si yo no he vivido nunca en ese barrio.

VALENTINA.—¡Toma! Eso ya acabo yo de comprobarlo. Pero esas son las señas que me dió usted en mi casa.

TEODORO.—Perdone, señora. Se conoce que azorado con la discusión de ustedes...

VALENTINA.—Sí, desde luego. (*Aparte.*) (Te veo, Mateo.)

TEODORO.—¡Sabe Dios las señas que le daría!...

VALENTINA.—Las de un profesor veterinario.

TEODORO.—¡Lo que lo siento, señora!

VALENTINA.—Al principio, sí me indigné; pero luego me hice cargo del barullo que había en casa en aquellos momentos y me dije: Indudablemente es que este señor se ha equivocado, y en vez de darme sus señas me ha dado las de uno de sus curanderos. Pero, en fin, no se preocupe porque el único perjuicio han sido las diez y ocho pesetas que me ha costado el taxi y eso no tiene importancia. Lo esencial es que ya le he encontrado y ahora mismo viene usted conmigo a ver a mi abogado, atestigua los insultos que le oyó dirigirme a mi esposo y tan conformes.

TEODORO.—Lo siento infinito, señora; pero no puedo acceder a su demanda. Considere que yo soy un hombre casado.

VALENTINA.—¡Pero con su criollita!

TEODORO.—Con lo que usted quiera; pero reflexione y comprenda que mi intervención en un proceso de divorcio no puede pasar inadvertida. Se trataría de saber el motivo de mi visita a ustedes, y cualquier indiscreción que lo dejase suponer, podría conturbar la paz de mi hogar. Y esto de ninguna manera. Yo tendré mis trapicheos, pero soy yo lo suficientemente cauto para que mi esposa no se entere y viva feliz.

VALENTINA.—(*Aparte.*) (¡Estás fresco!)

TEODORO.—¿Decía usted?

VALENTINA.—Que sí, que usted dirá lo que quiera, pero yo necesito su testimonio y usted me sirve a mí de testigo.

TEODORO.—Perdone que le diga que no.

VALENTINA.—Y usted perdone que le añada que si se niega le cuento a su esposa, c por b, la trastada que le está usted haciendo.

TEODORO.—¡Esto es un *chantage* vergonzoso!

VALENTINA.—Lo vergonzoso es que un hombre casado se permita la majadería de estar sosteniendo a una tunanta.

TEODORO.—¡Señora..., repórtese!

VALENTINA.—Me reporto; pero usted viene a declarar.

TEODORO.—¿Pero es que quiere usted perderme?

VALENTINA.—De vista. No sea usted cursi. Hay mil pretextos que stifiquen su presencia en nuestra casa. El piso lo podía usted erer para su esposa.

TEODORO.—Eso es verdad.

VALENTINA.—¿Lo está usted viendo?

TEODORO.—Vaya, pues siendo así, ya me avisará usted el día.

VALENTINA.—Ahora mismo. Precisamente vive a dos pasos de uí mi abogado, la señorita Liberada Cadenas. De modo que en momento nos presentamos en su despacho, firma usted su declación y por ahora no le molestaremos más.

TEODORO.—Perdóneme, pero ahora no me muevo de aquí.

VALENTINA.—Si es que es urgente.

TEODORO.—Lo más urgente para mí es ver a Esmeraldina.

VALENTINA.—Pero, ¿para qué esas prisas? ¿Por qué no se va ted, mientras tanto, a ver a otra?

TEODORO.—Si es que ella estará impaciente.

VALENTINA.—Estas mujeres tienen mucha paciencia para esperar.

TEODORO.—¡Ea, pues basta! En esto no transijo.

VALENTINA.—Bueno, bueno, pues otra cosa. Yo iré por mi abodo, que le extienda aquí mismo su declaración..., usted la firma...

TEODORO.—Eso ya es otra cosa.

VALENTINA.—Pues voy corriendo. ¡Muy suya! (*Mutis foro decha.*)

TEODORO.—Hasta ahora. Y Esmeraldina sin enterarse de que he nido. Me voy a poner el pijama para darle una sorpresa. (*Mutis gunda derecha.*)

ESCENA VII

VALENTINA y LUCIA

LUCIA.—(*Por la primera izquierda.*) ¡Mi madre con la señora! ırda más en volver que si se hubiese ido a América.

VALENTINA.—(*Entrando precipitadamente por el foro.*) ¡Ay, que ene también él!... ¡Ay, que viene!

LUCIA.—¿Qué le ocurre, señora?

VALENTINA.—¡Mi marido, que al ir a salir le he visto que subía escalera! Y aun cuando ya me figuro a lo que viene, yo quisiera s cosas. Tome usted dos duros. (*Se los da.*)

LUCIA.—Muchas gracias.

VALENTINA.—Quisiera que él no se enterase de que yo estoy aquí y quisiera, también, cerciorarme del objeto de su visita.

LUCIA.—Yo me enteraré.

VALENTINA.—Prefiero otra cosa. Tenga otro duro.

LUCIA.—Muchas gracias. Usted dirá.

VALENTINA.—Pues quisiera que me permita ocultarme en alguna de estas habitaciones, desde donde pueda escuchar sin ser vista.

LUCIA.—Sí, señorita. Pase usted aquí.

VALENTINA.—Gracias. (*Inicia el mutis hacia la primera derecha.*)

LUCIA.—¿No quiere alguna cosa más la señorita?

VALENTINA.—No tengo más suelto. Digo, no, nada. Muchas gracias, mujer. (*Mutis.*)

LUCIA.—Vaya, menos mal. Todo no van a ser sustos. (*Mutis por el foro.*)

ESCENA VIII

CRISTINA y JENARA

(*Entran las dos por la primera izquierda. CRISTINA se ha quitado el sombrero.*)

JENARA.—¿Qué, se le ha pasado ya?

CRISTINA.—Sí, sí, señora. Muchas gracias. ¡Qué necia he sido! Afortunadamente existe el divorcio y podré rehacer mi vida.

JENARA.—Yo creo, señora, que usted debía retirarse a su casa...

CRISTINA.—He decidido esperar a que venga mi marido para que no tenga ni la posibilidad de negar su infamia. Y una vez que celebre con él esta última entrevista, ¡a divorciarme!

JENARA.—A tales razones no hay argumentos que oponer. Y puesto que así ha de ser, voy a ocuparme un poco de Esmeraldina, que ya ha visto usté cómo la hemos dejado.

CRISTINA.—Sí, cuídela, no vaya a darle algo... (*Aparte.*) (Ya que no se lo he dado yo.)

JENARA.—Pues hasta ahora. Está usté en su casa.

CRISTINA.—¡Ya me lo imagino! Por eso permanezco con esta tranquilidad.

JENARA.—(*Aparte.*) (Esta niña nos ha estropeao la temporada.) (*Mutis primera izquierda.*)

ESCENA IX

VALENTINA, CRISTINA, LUCIA y PASCASIO.

CRISTINA.—¡Que me haya engañado ese bandido! (*Se sienta en primer término del lado izquierdo. Por el foro derecha entran LUCIA y PASCASIO.*)

LUCIA.—(*Invitando a pasar a Pascasio.*) Aquí estará usted mejor.

PASCASIO.—Gracias, joven. Ahí va un durito por bonita.

LUCIA.—Muchas gracias.

PASCASIO.—Y dos pesetas por lo que le sobresale la educación.

LUCIA.—Muchísimas gracias. (*Aparte.*) (Bueno, hoy es que llueven duros.) (*Mutis foro derecha.*)

PASCASIO.—(*Reparando en Cristina, que está de espaldas a él, arreglándose los labios con el lápiz.*) ¡Calla, si hay alguien!... ¡Toma, como que debe ser ella! (*Alto.*) Señora..., perdone que holle... (*Aparte.*) (No me oye.) (*Muy fuerte.*) Perdone que holle...

CRISTINA.—¡Ay!...

PASCASIO.—¿La he asustado a usted?

CRISTINA.—¡Ya ha visto que sí!

PASCASIO.—Lamento en el alma, señora, haberle ocasionado a usté este trastorno. Seguramente estaría usté meditando alguna escena interesante.

CRISTINA.—¡Interesantísima!

PASCASIO.—(*Aparte.*) (No me equivoqué. Es la "vedette".) Pues disculpe mi torpeza y en compensación le anticiparé que vengo a darle una buena noticia.

CRISTINA.—¿A mí?

PASCASIO.—A usté. Yo soy el propietario de la casa número 157 de la calle de Hermosilla...

CRISTINA.—¡Ah!...

PASCASIO.—(*Aparte.*) (¡Qué alegría le ha dado!) (*Alto.*) Pascasio Andanada, maestro de obras, para lo que usté guste mandar. Supongo que ya se figurará usté a lo que vengo, a decirla que puede disponer del piso que para usté ha ido a alquilarnos su amiguito don Teodoro Balconcillo.

CRISTINA.—Señor mío, don Teodoro Balconcillo no es mi amiguito; es mi esposo.

PASCASIO.—¿Su esposo?

CRISTINA.—Mi esposo.

PASCASIO.—Vamos, ande, si ya estamos...

CRISTINA.—¡Le digo a usted que es mi esposo legítimo! No lo dude un momento.

PASCASIO.—Señora..., yo no lo dudo. ¿Pero si es así, por qué nos ha dicho otra cosa y por qué no pone el cuarto a su nombre?

CRISTINA.—Porque el piso no lo quería para mí, sino para la "vedette".

PASCASIO.—¿Eeeeh?... Pero, ¿no es usté la artista?

CRISTINA.—Le estoy a usted diciendo que yo soy su esposa.

PASCASIO.—¿Y la "vedette" es otra?

CRISTINA.—¡Naturalmente! ¡Usted se ha colado!

PASCASIO.—Me lo he calado, pero ¿no es este el cuarto de la "vedette?

CRISTINA.—Sí, señor.

PASCASIO.—¿Y viven ustedes los tres juntos?

CRISTINA.—¡Caballero..., yo soy una mujer decente! La casualidad ha hecho que me entere de la infamia de mi esposo y estoy aquí para aguardar su llegada y comunicarle que todo ha terminado entre nosotros.

PASCASIO.—¡Pues sí que me he estado columpiando un ratito!

CRISTINA.—No tema usted haber cometido ninguna indiscreción porque de este contubernio ya estaba bien al corriente por su mujer.

PASCASIO.—¿Por qué mujer?

CRISTINA.—¿Pero tiene usted más de una?

PASCASIO.—¡Ah! ¿Por mi mujer dice usté?

CRISTINA.—Claro.

PASCASIO.—¿Pero está aquí mi mujer?

CRISTINA.—Ha estado.

PASCASIO.—¿Vendría también, como yo, en busca de su esposo para que fuera testigo?...

CRISTINA.—De los insultos que usted le ha dirigido.

PASCASIO.—¡Qué cínica! Si la que me ha insultado y me ha escarnecido ha sido ella. Claro que su esposo será un caballero..

CRISTINA.—Mi esposo es un fresco. ¿No lo está usted viendo? De modo que no espere usted de él nada bueno, ni tampoco lo tema, porque, ¿qué fuerza puede tener la declaración de un testigo de una moral tan relajada como la suya?

PASCASIO.—Eso no lo saben los jueces.

CRISTINA.—¿Cómo no lo han de saber si hoy mismo presentar yo mi demanda de divorcio?

PASCASIO.—¿Usté también va a divorciarse?

CRISTINA.—¿Pero es que usted cree que debo soportar que mi marido me la esté dando con queso?

PASCASIO.—Del más legítimo gruyére, sí, señora. ¡Pero si parece mentira! Yo me creí que la señora del adulto que nos ocupa sería una calcomanía. Así que cuando la he conocido a usté es que me he quedao alelao.

CRISTINA.—¿Es algo inaudito, verdad?

PASCASIO.—Calle usté, señora. Incomprensible. Con una mujer tan joven y tan guapa. Si todavía hubiera sido al revés...

CRISTINA.—¿Cómo al revés?

PASCASIO.—Que hubiera sido usté la que...

CRISTINA.—¿Yo soy una mujer digna?...

PASCASIO.—Desde luego; pero que..., vamos, que hubiera tenido más explicaciones.

CRISTINA.—Cierto. (*Pequeña pausa.*) ¿Y su esposa también le ha engañado?

PASCASIO.—Hombre..., en el sentido que a usté, no creo. Pero sí he sido engañado, porque de novios era una mansa cordera y en cuanto nos casamos se convirtió en una arpía de instintos perversos que no ha tenido más placer que el de amargarme la existencia.

CRISTINA.—¡Qué pena es el equivocar el camino de la vida!

PASCASIO.—Con lo feliz que yo hubiese sido con una mujer afable y cariñosa que me hubiera dejado quererla.

CRISTINA.—¡Esa era toda mi ilusión! Tener un marido a quien le gustase yo más que nadie y que me guardara todos los respetos que yo a él. ¿Es mucho exigir esto?

PASCASIO.—Es nada para lo que usté se merece.

CRISTINA.—¡Somos dos víctimas de nuestro error!

VALENTINA.—¡Pobrecitos pichoncitos!

PASCASIO.—Pero ya tenemos el divorcio para subsanarlo.

CRISTINA.—En parte.

PASCASIO.—O en absoluto. Porque, ¿quién nos dice que todo el desacierto que tuvimos la primera vez para elegir pareja no lo vamos a tener ahora de fortuna?

CRISTINA.—Es muy difícil encontrar una persona comprensiva y que a la par nos agrade.

VALENTINA.—¡Qué monada de niña!

PASCASIO.—Cuestión de suerte. (*Insinuándose y acercándose mucho a ella.*) ¡Yo ya creo haberla encontrado!...

CRISTINA.—Caballero..., permítame usted que me levante...

PASCASIO.—Usté se pone en la postura que esté más cómoda.

Pero sentada, de pie o huyendo de mí, yo no puedo ya callarme la agradable y profunda simpatía que usté me ha causado.

CRISTINA.—Repórtese, se lo ruego. Considere que aun estamos casados.

PASCASIO.—Pero deseando divorciarnos.

CRISTINA.—¡Ah, eso sí! ¡Con ese necio nunca más!

PASCASIO.—¡Ni yo con esa cascarrabias!

CRISTINA.—¡Es insoportable!

PASCASIO.—¡Insufrible!

CRISTINA.—¡Estúpido!

PASCASIO.—¡Mema!

CRISTINA.—¡Presumido!

VALENTINA.—¡Majaderos!

CRISTINA.—¡Si hasta es gangoso!

PASCASIO.—¡Si hasta ronca!

VALENTINA.—¡Ay, su mamaíta!

CRISTINA.—¡Afortunadamente existe el divorcio!

PASCASIO.—(*Acercándose a ella y pasandole la mano por la cintura, disimuladamente.*) ¿Y no ve usté en nuestro encuentro la mano de la Providencia.

CRISTINA.—La mano que noto no es precisamente la de la Providencia. (*Se la retira con suavidad, coqueteando.*)

VALENTINA.—¡La que puede que notéis va a ser la mía!

PASCASIO.—Si el mismo mal nos aqueja, ¿por qué no buscar juntos el remedio?

CRISTINA.—En eso sí tiene usted razón.

PASCASIO.—¿Quiere usté que encargue a mi abogado de su asunto y así llevará las dos demandas al mismo tiempo?

CRISTINA.—Con mil amores.

PASCASIO.—¡Por qué no se arreglarán estos asuntos en dos horas!

CRISTINA.—¡Qué vehemente! Después de todo, quizá sea un acierto tener un marido ya maduro.

PASCASIO.—Los maridos y la fruta, cuando maduran.

CRISTINA.—Lo pensaré.

PASCASIO.—¡Qué mujercita más retebonita voy a tener!

CRISTINA.—¡Por Dios!

PASCASIO.—¡Y lo que voy a quererla!

CRISTINA.—¿Pero a mí sola?

PASCASIO.—¡A ti! (*Aparte.*) (¡Se decidió!)

CRISTINA.—¡Huy, caballero, pero si esto es una locura!... ¿Qué estamos diciendo?

VALENTINA.—¡Una desvergüenza!

PASCASIO.—Vamos a casa del abogado.

CRISTINA.—Más tarde. Ahora no, porque me he propuesto no salir de esta casa hasta que llegue mi marido. Quiero sorprenderle aquí dentro para que no pueda excusarse después.

PASCASIO.—Bien pensado. Si tuvieran aquí teléfono podría llamar al abogado.

CRISTINA.—Eso sería muy conveniente. (*Pascasio toca un timbre.*) Disponer de un abogado para el momento de la sorpresa...

LUCIA.—(*Por el foro.*) ¿Han llamado ustedes?

PASCASIO.—Sí. ¿Hay aquí teléfono, preciosa?

LUCIA.—Sí, señor. Venga conmigo si quiere utilizarlo. (*Mutis foro izquierda.*)

PASCASIO.—Vamos.

CRISTINA.—Piropea usted hasta a las criadas.

PASCASIO.—Es un vicio que he adquirido.

CRISTINA.—Usted tiene cara de ser muy enamorado.

PASCASIO.—¡Como que me tuvieron que destetar antes de tiempo porque piropeaba a la nodriza!

CRISTINA.—Así, pues, el ser galante le viene de lejos.

PASCASIO.—De mi abuelo, que murió en Buenos Aires.

CRISTINA.—¡Qué gitano!

PASCASIO.—¡Bonita tú!

CRISTINA.—¡Adulador!

PASCASIO.—¡Mieles de diosa de tus labios manan!

CRISTINA.—¡Qué frase!

PASCASIO.—(*Aparte.*) (De "María o la hija de un destajista".)

CRISTINA.—Es una frase demasiado dulce para un maestro de obras.

PASCASIO.—¡Muy dulce! ¡Como que soy el pirulí de la construcción! (*Mutis los dos foro izquierda.*)

ESCENA X

VALENTINA y TEODORO.

VALENTINA.—(*Por la primera derecha.*) ¡Ay, la madre de la madre de la madre de mi madre!... ¡Pero qué canallas! ¿Y qué hago yo? ¿Le mato a él?... ¿La arrastro a ella?... ¿Pego fuego a la casa y de aquí no sale ni el gato?... ¡Esto es lo que yo haría a gusto! Pero no, no. Creerían que yo tengo algún interés en conservar ese mamarracho y lo que estoy deseando es perderle de vista. ¡Decir

que yo ronco! ¡Y él, que en cuanto se queda dormido se pasa la noche soplando!... Que en verano menos mal, me sirve de ventilador. Pero en invierno..., no sé cómo no he cogido una pulmonía.

TEODORO.—(*Por la segunda derecha. vistiendo un pijama muy llamativo.*) Me he bañado y me he perfumado

VALENTINA.—¡Atiza!

TEODORO.—Así que ya estoy aviado.

VALENTINA.—¡Y tan aviado que está usted!

TEODORO.—¡Ah, señora; usted! ¿Y su abogado?

VALENTINA.—¡Se ha ido a China a recolectar mandarinas!

TEODORO.—¡Caray qué lejos!

VALENTINA.—Más lejos está usted que vive en Babia.

TEODORO.—¿Qué quiere decir con esa metáfora?

VALENTINA.—¡Que es usted idiota! ¿Está esto claro?

TEODORO.—¡Pero esta agresión!...

VALENTINA.—Por supuesto que usted se tiene bien merecido lo que le ocurre. Un hombre casado, en vez de tener amiguitas, se debe preocupar de su esposa y no hacer el ridículo.

TEODORO.—¡Señora!... ¿Eso es que quiere usted hacerme sospechar que Esmeraldina me es infiel?

VALENTINA.—Usted tiene más infieles que el sultán de Marruecos.

TEODORO.—¡Eso es una calumnia abominable! Esmeraldina está enamoradísima de mí. Me ha dado miles de pruebas.

VALENTINA.—¡Vamos, hombre, despiértese!

TEODORO.—Le aseguro...

VALENTINA.—Además, que yo no me refería ahora a esa pájara A quien aludo es a su propia mujer.

TEODORO.—¡Ah! Señora, medite sus acusaciones porque esto sí que no se lo tolero. Mi esposa es una santa a quien tiene usted que mirar con la veneración con que se contempla a una Virgen en los altares.

VALENTINA.—Es usted más tonto de lo que parece.

TEODORO.—¡Señora!...

VALENTINA.—¡Y cuidado que tiene usted pinta de castigador!

TEODORO.—Le ruego...

VALENTINA.—Cuando yo vea a su esposa en un altar la miraré como usted dice, pero cuando me la encuentro abrazada a mi propio marido, ¿qué berenjenas de santidad voy a ver en ella?

TEODORO.—¡Usted ha perdido la razón!

VALENTINA.—¡Y su mujer la vergüenza!

TEODORO.—¡Repórtese o no respondo! ¡Repito que mi mujer es una santa!

VALENTINA.—Pues se habrá creído que mi marido es el sacristán y por eso le trataba con esa confianza.

TEODORO.—¡Usted está loca!

VALENTINA.—¡Pero so necio, si acabo de sorprenderlos aquí mismo!

TEODORO.—¿Que mi mujer está aquí?

VALENTINA.—¡Aquí!

TEODORO.—Pero si...

ESCENA XI

DICHOS, CRISTINA y PASCASIO.

(Por el foro izquierda entran CRISTINA y PASCASIO, muy acaramelados.)

VALENTINA.—¡Fíjese en la postalita!

LOS TRES.—¡¡Ah!!

TEODORO.—¿Pero tú...?

PASCASIO.—¡Valentina!

VALENTINA.—Pasen, pasen; no les dé a ustedes rubor.

PASCASIO.—Me parece, señores, que aquí huelgan las palabras.

VALENTINA.—Por una huelga más, ¿qué importa al mundo?

TEODORO.—¡Tu presencia en esta casa es inexplicable e improcedente, Cristina!

CRISTINA.—¿Y esto me lo dice usted en pijama y en una casa que no es la suya?

TEODORO.—Yo te explicaré...

CRISTINA.—Se lo explicará usted a mi abogado. ¡Hace falta cinismo!

VALENTINA.—Lo que hace falta es no tener ni chispa de decoro para antes de separarse de su esposo estarse ya preparando el sustituto.

CRISTINA.—Señora, a usted nadie le ha dado vela en este entierro.

VALENTINA.—¡Ay, mi madre! ¿Y el cirio de mi marido?

PASCASIO.—¿Pero no estaba usté deseando divorciarse?

VALENTINA.—¡Y lo estoy! ¡Si a mí no me importa usté tres pepinos!

PASCASIO.—¡Te veo, besugo!

VALENTINA.—¡El besugo lo es usté! Por eso ha simpatizado con esa quisquilla romántica.

CRISTINA.—¡ Escuche usted, señora !...

VALENTINA.—¡ Vaya usté a contárselo al atún de su marido !

CRISTINA.—¡ Qué grosería !

VALENTINA.—Menos de la que ustedes se merecen !

PASCASIO.—¡ Valentina !

VALENTINA.—¡ Vaya usté a paseo !

TEODORO.—¡ Perdóname, Cristina !

CRISTINA.—¡ Déjeme en paz !... ¡ Adúltero !

VALENTINA.—¡ No tienen ustedes nada que echarse en cara ninguno de los tres !

TEODORO.—¡ Cristina, que las apariencias engañan !

VALENTINA.—¡ Qué tres mamarrachos !

TEODORO.—¡ Deslenguada !

CRISTINA.—¡ Grosera !

VALENTINA.—¡ Poca lacha !

TEODORO.—¡ Señora !

PASCASIO.—¡ Valentina !

VALENTINA.—¡ Qué gentuza !

ESCENA FINAL

DICHOS, ESMERALDINA, JENARA y LUCIA.

(*Por la primera izquierda entran ESMERALDINA y JENARA*

ESMERALDINA.—Pero, señores... (*Al ver a Teodoro.*) ¡ Ah ! ¿ aquí ?

VALENTINA.—Sí, señora, ya estamos todos. Puede echar el co pleto. ¡ Otra más a la lista !

ESMERALDINA.—Señores, ¿ qué relajo es este ? Yo creo que asuntos que tengan ustedes que solventar podrían discutirlos me en la calle, o en sus casas, o donde quieran, pero dejando libre domicilio.

VALENTINA.—Como se trata de discutir porquerías, ¿ dónde m que en su casa ?

ESMERALDINA.—¡ Esto es un insulto !...

VALENTINA.—¡ Varios, varios !

ESMERALDINA.—¡ Tenga la bondad de salir de mi casa inmedi mente ! No quiero *fajasones*.

VALENTINA.—Descuide que aquí no iba a quedarme.

ESMERALDINA.—¡ Y ustedes también !

TEODORO.—Vamos, Cristina.

CRISTINA.—¡No intente usted ni acercarse a mí, porque le desprecio!

TEODORO.—¡Cristina! ¡Que soy tu marido!

CRISTINA.—¡Ya no es usted nada mío!

TEODORO.—¡No me obligues a emplear la violencia!

CRISTINA.—¿Contra mí? ¿Pero cree usted que yo iba a tolerarlo?

TEODORO.—¡Cristina!

PASCASIO.—(*Interponiéndose.*) Señor mío... Sepa usté que esta mujer no está sola. Que hay un hombre que la ampara.

TEODORO.—¿Quién?

PASCASIO.—¡Yo!

CRISTINA.—¡Gracias!

VALENTINA.—¡Ay, mi madre! ¡Pero oye, tú, abogao de neurastéricas!... Chevalier de perra gorda.

PASCASIO.—Señora..., ni a usté le interesan mis asuntos, ni a los suyos. ¿No quería usté divorciarse? ¡Pues a divorciarse! Pero de verdad, sin pamplinas. Todo acabó entre nosotros. ¡Viva el divorcio!

CRISTINA.—Sí, señor. ¡A divorciarse tocan!

ESMERALDINA.—(*Pasando al lado de Teodoro.*) Tú no te apures, que aquí estoy yo para quererte. Y grita también ¡Viva el divorcio!

TEODORO.—Tienes razón. ¡Viva el divorcio!

(*LUCIA entra por el foro y se coloca junto a Jenara.*)

VALENTINA.—Yo también grito como ustedes y con más fuerza que ustedes: ¡Viva el divorcio! Pero viva también la vergüenza, y como veo que aquí en la tertulia escasea...

TEODORO.—¡Señora!

VALENTINA.—Justo es que trate de imponerla la única persona que la tiene. Conque (*A Pascasio*) tú podrás hacer lo que quieras desde el día que, en efecto, nos hayamos divorciado; pero mientras junto, tú cumples con tu deber y ahora mismo sales de aquí con tu mujer; ¡que te odia!, pero que es tu mujer. Y a esa mona avenada que la acompañe el necio de su marido, o que se compre un perro, o que se busque una carabina.

PASCASIO.—(*A Cristina.*) No conteste usté, señora, porque esas palabras no merecen más que el desprecio. Yo le he dicho a usté que la acompaño...

VALENTINA.—¡Y no la acompaña!

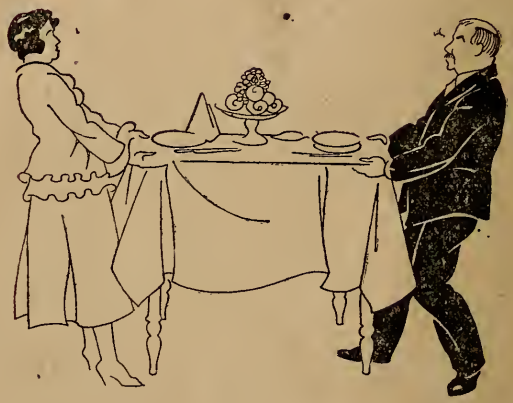
PASCASIO.—Pero..., ¿cómo?

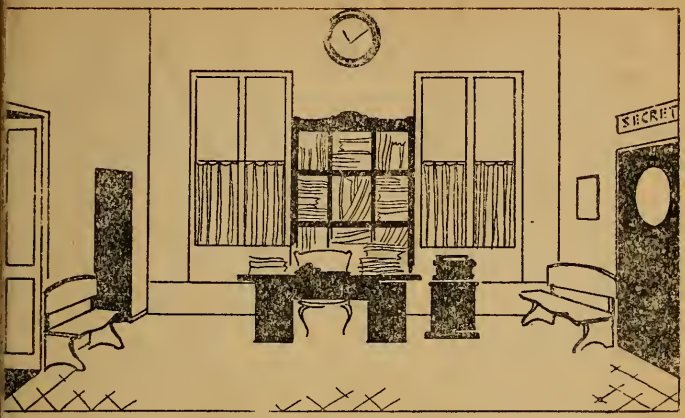
VALENTINA.—¡Pues así! (*Le coge de un brazo fuertemente.*)

PASCASIO.—¡Valentina, suelta!

VALENTINA.—¡No quiero! (*A los demás.*) Pero, ¿qué miran ustedes? ¡Hale a la calle!... ¡Pero pronto!... ¡Fuera!... ¡Fuera he dicho!!... ¡Sinvergüenzas..., granujas, canallas, miserables!... ¡So gentuza! (*Como un torbellino empieza a tirarles cuanto encuentra a mano; flores, cojines, bibelotes, etc. Por el foro huyen CRISTINA y TEODORO. Por la primera izquierda ESMERALDINA y JENARA y por la segunda del mismo lado, LUCIA.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO





ACTO TERCERO

La escena representa la oficina de un juzgado. Al foro dos grandes ventanas que llegan hasta el suelo, con sus rejas correspondientes. En el lado derecho, dos puertas. La del primer término da acceso a los pasillos; la del segundo, más pequeña y sin hojas. En el lado izquierdo, otra puerta con mampara que lleva un cristal. Encima de esta puerta un letrero que dice "Secretaría". Entre las dos ventanas, una mesa grande, y a su izquierda otra mesa más chica, con una máquina de escribir. Un banco entre las dos puertas del lado derecho y otro en el lateral izquierdo. Algún armario con legajos, sillas, etc.

ESCENA PRIMERA

TEODORO, FEDERICO y MENENDEZ.

(Al levantarse el telón, MENENDEZ escribe a máquina. FEDERICO dicta, leyendo en un papel de oficio que tiene en la mano.)

MENENDEZ.—*(Después de escribir un poco.)* Demostrado.

FEDERICO.—Por lo que solicita el inmediato depósito en casa de sus padres.

MENENDEZ.—*(Al terminar de escribir.)* Padres...

FEDERICO.—Leída que le fué, etc., etc... (*Menéndez sigue escribiendo. Por la primera derecha entra TEODORO.*)

TEODORO.—Señores, buenos días.

MENENDEZ.—Buenos días.

FEDERICO.—Hola, Teodorito. ¿Qué hay?

TEODORO.—¡Desesperación!

FEDERICO.—Vamos, calla. Si eres el hombre de la suerte.

TEODORO.—¡De la suerte! ¿Podrás creer que estoy sin fumar, porque no tengo dinero para comprar tabaco?

FEDERICO.—¿Tú?

TEODORO.—Te lo juro. En casa de mis suegros, donde se ha ido mi mujer, ni me abren. En casa de mis padres si me abren, pero es para echarme, a poco, por las escaleras.

FEDERICO.—Hombre..., yo diez duros siempre tengo para ti.

TEODORO.—Pues te los acepto.

FEDERICO.—Ahí van.

TEODORO.—Gracias.

FEDERICO.—Y un cigarrito.

TEODORO.—Estimando.

FEDERICO.—Entre nosotros...

TEODORO.—¡Con que hombre de suerte yo!... Antes si lo era. Tenía una mujer que me quería, una amiguita que me idolatraba, un padre que me sonreía y un suegro a quien saqueaba. Era feliz, y por culpa de ese matrimonio idiota todo se me ha derrumbado. Mi mujer se divorcia, mi amiguita, al enterarse de que ya no tengo un céntimo, huye también de mí, porque la mata la pena de verme arruinado. Mi padre me aburre con sermones de moral, y mi suegro me ha cerrado el acceso a su cartera. ¡Soy el más desgraciado de los hombres! Claro que lucharé, porque yo no puedo perder a Cristina. La quiero sinceramente. ¡Su cariño es mi vida! Mi vida y el amor de Esmeraldina, que al saber que sigo disponiendo de dinero volverá a mí. Por esto yo tengo que querer a Cristina doblemente que otros maridos a sus mujeres.

FEDERICO.—Chico, yo te disculpo, porque la verdad es que la Cubanita está jamón.

TEODORO.—¡Para comérsela!

FEDERICO.—Por eso digo que está jamón.

TEODORO.—Me tiene loco este asunto.

FEDERICO.—¿Y has nombrado abogado?

TEODORO.—Aún no.

FEDERICO.—¿Quieres que se encargue mi novia?

TEODORO.—Es verdad, que tú hablas con una abogada.

FEDERICO.—No tardará en venir, porque precisamente lleva la representación de la señora en esta demanda en la que estás tú citado de testigo.

TEODORO.—¡Ah! ¡Defiende a esa estúpida parlanchina!

FEDERICO.—Usas unos calificativos...

TEODORO.—¡La odio! Ella ha sido la causa de mi perdición.

FEDERICO.—Pues si quieres que hable a Liberada...

TEODORO.—Ya te avisaré. Lo que si quisiera, que es por lo que he venido tan pronto, es que me facilitarás una entrevista, a solas, con mi mujer.

FEDERICO.—¿Yo?

TEODORO.—Tú, naturalmente. Como ella también está citada de testigo, a ti te es fácil hacerla pasar a ese cuarto vuestro, por ejemplo: (*Señala al de la segunda derecha.*) Yo entro, y cara a cara los dos, sin testigos, tengo la seguridad de que convencería a mi mujer, porque me quiere. Y si hiciéramos las paces, te debería mi tranquilidad, mi bienestar, el amor de Esmeraldina...

FEDERICO.—Y cincuenta pesetas.

TEODORO.—¡Gachó, eres un detallista!

FEDERICO.—Ya sabes que tú dispones de mí como quieras.

TEODORO.—Estamos a la recíproca.

FEDERICO.—Bueno, pues te vas a meter en la Secretaría, que siempre está mejor...

TEODORO.—Pero, ¿y don Anselmo?

FEDERICO.—Está muy acatarrado, y si acaso viene, será muy tarde. Y así, en cuanto ella venga...

TEODORO.—Conformes. Y agradecidísimo.

FEDERICO.—¡Vamos, anda!

ESCENA II

Dichos, TERESA y BENIGNO.

(*Por la primera derecha entran TERESA y BENIGNO. Este es un viejecito ochentón, muy afable y cortés, sumido de carnes y, al ser posible, diminuto. Viste modestamente, pero muy pulcro y atildado. Teresa es otra anciana, aunque algo más joven, andará por los sesenta y tantos. También modesta y aseada. Lleva un velito y traje negro.*)

BENIGNO.—Muy buenos días.

TERESA.—(*Reconviniéndole cariñosamente.*) ¡Pero Benigno!...

BENIGNO.—(*Soberbiete.*) ¡O callas o te retiro la pensión que pienso pasarte!

TERESA.—Callaré.

BENIGNO.—(*Acercándose a la mesa.*) Muy buenos días tengan ustedes, señores.

FEDERICO.—Buenos.

BENIGNO.—¿Ustedes serían tan amables que nos hicieran el favor de decirnos qué es lo que hay que hacer para divorciarse?

FEDERICO.—Para divorciarse, ¿quién?

BENIGNO.—Nosotros. Queremos divorciarnos.

TERESA.—El es el que quiere.

BENIGNO.—¡Los dos, queremos los dos! (*Volviéndose a ella muy rabiosillo.*) ¿No hemos quedado en casa que los dos?

TERESA.—Bueno, hombre, pues los dos; pero no te excites que luego te da la tos.

BENIGNO.—¡En cuanto me separe ya no toseré más! ¡Y eso a ti no te importa! ¡Pero hemos quedado en que los dos queríamos divorciarnos!

TERESA.—Pues los dos. Como tú quieras.

BENIGNO.—Ya lo oyen ustedes: Queremos divorciarnos.

FEDERICO.—Muy bien, pero esto no es de nuestra competencia. Vayan ustedes a un abogado y que presente una demanda fundamentando los motivos.

BENIGNO.—Muchas gracias.

TEODORO.—Pero, y ustedes ¿por qué quieren divorciarse?

BENIGNO.—Pues... (*Le da un acceso de tos.*)

TERESA.—(*Maternalmente.*) ¿Lo ves? Ya estás tosiendo. (*Se acerca a sostenerle y él la rechaza.*)

BENIGNO.—¡No me toques! Y retírate. ¿No ves que estamos hablando? (*Confidencialmente a Teodoro.*) Era una criada que teníamos en casa, y por gratitud, por lo bien que atendió a mi difunta, me casé con ella. No es mala persona, y muy limpia, y hacendosilla, pero... ¡Es vieja!

TEODORO.—(*Aparte.*) ¡Caray con el guayabo!

BENIGNO.—Toda mi ilusión era tener un heredero, y... nada. La culpa es de ella. Está hecha una ruina. Y ya que existe el divorcio para bien de los ciudadanos, ¿por qué no gozar yo de sus beneficios? Lo de antes era insensato. De modo que se podían cambiar los muebles al hacerse viejos, comprar otra vajilla si se desportillaba, y en cambio había que aguantarse con la misma mujer por estropeada que se hubiera puesto.

TEODORO.—¡Hombre..., es que una mujer no es un perchero!

BENIGNO.—Según, según. Claro que si hubiera vivido aquélla..., ¡mi verdadera mujer!... era otra cosa. ¡Mi primer amor!... ¡Y tan bonita!... Pero ésta, no... No ha sabido ni borrarme su recuerdo. Por eso me divorcio, y quien sabe, quizá casándome con una jovencita...

TEODORO.—Eso no está bien.

BENIGNO.—No, si yo no abandonaría a la Teresa. Si quería vivir con nosotros, bien, y si no le pasaría una pequeña renta.

TEODORO.—Pero, hombre, a sus años casarse con una jovencita es peligroso.

TERESA.—(*Aparte a Federico.*) No le lleven la contraria, que está muy delicadito, y cuando se disgusta se pone a morir. Déjenle con su manía, que en el fondo es un caballero. Si quiere que vuelva a ser su criada, lo seré. ¿Qué más da? El caso es que no se disguste, que está muy malito el pobre, muy malito.

TEODORO.—Usted piénselo bien.

BENIGNO.—Estoy decidido. (*A Teresa.*) ¡A buscar un abogado! (*A Federico.*) Muchas gracias por sus informes.

FEDERICO.—De nada.

BENIGNO.—Ustedes perdonen la molestia y hasta que volvamos por aquí ya con todo dispuesto. (*A Teresa, iniciando el mutis.*) ¡A casa de un abogado!

TERESA.—Donde quieras.

BENIGNO.—Muy buenos días.

TEODORO.—Vayan con Dios.

BENIGNO.—Servidor de ustedes.

TERESA.—Vamos. (*Le a va coger del brazo y él la rechaza.*)

BENIGNO.—¡No me sujetes, que no necesito apoyo! ¡Aun puedo erguirme, y andar derecho, y firme, y... (*Le da un acceso de tos y haciendo esfuerzos para dominarse y andar derecho hace mutis por la primera derecha.*)

TERESA.—(*Siguiéndole, humilde y cariñosa.*) ¡Pobre Benigno!

TEODORO.—¡Vaya un Matusalén decidido!

FEDERICO.—Y queriéndose casar con una chavala.

TEODORO.—¡Los hay firmes!

ESCENA III

TEODORO, FEDERICO, MENENDEZ y AMADOR.

AMADOR.—(*Por la primera derecha.*) Buenos días, señores.

FEDERICO.—Muy buenas, don Amador.

AMADOR.—¿Qué, soy el primero?

FEDERICO.—Sí, señor.

AMADOR.—Oiga usted, Federico: como me figuro que no habrá dificultades, para ganar tiempo, conforme vayan llegando las partes y los testigos, podría ir usted tomándoles declaración.

FEDERICO.—Así pensaba hacerlo.

AMADOR.—Perfectamente.

TEODORO.—Oye tú. En secretaría estoy. Y ya sabes...

FEDERICO.—Descuida. (*Mutis Teodoro por la izquierda y Federico por la segunda derecha.*)

AMADOR.—¿Qué tal sigue don Anselmo?

MENENDEZ.—Por el estilo. No sabemos si vendrá hoy.

ESCENA IV

LIBERADA, AMADOR y MENENDEZ.

LIBERADA.—(*Por la primera derecha.*) ¡Salud, señores!

AMADOR.—¡Querido colega!

LIBERADA.—¿No ha venido aún su cliente?

AMADOR.—Ni el de usted, por lo visto.

LIBERADA.—Vamos a tener que pelearnos sólos.

AMADOR.—Le auguro a usted una victoria.

LIBERADA.—No tengo la menor confianza. Sé que es usted un adversario temible.

AMADOR.—Frente a usted soy insignificante. ¡Me olvido de todo contemplándola!

LIBERADA.—¿Galanterías también?

AMADOR.—¿Y por qué no? ¿O es que su título de abogado va a borrar sus encantos de mujer?

LIBERADA.—Dejemos esta conversación. La encuentro peligrosa.

AMADOR.—Pero agradable.

LIBERADA.—Quizá.

AMADOR.—La emoción del peligro me subyuga. ¡Cuántas veces me he asomado a un precipicio!... (*Inclinándose hacia ella.*)

LIBERADA.—(*Separándole suavemente.*) ¡Que se puede usted ner, compañero!

AMADOR.—Ya me agarraré donde pueda.

LIBERADA.—¡Formalidad!

ESCENA V

Dichos y FEDERICO.

AMADOR.—¡Qué preciosísima es usted! (*FEDERICO entra por la segunda derecha trayendo un montón de legajos. Al sorprender a actitud de Liberada y Amador, tira los legajos sobre la mesa violentamente.*)

FEDERICO.—¡El sumario!

AMADOR.—¡Ah!

LIBERADA.—¡Ah!

AMADOR.—(*Cambiando de tono y disimulando.*) Naturalmente que a Sala se indignó y a pesar del brillante informe de su abogado. e condenaron. No hay título alguno que autorice el acercarse a na señora y, contra su voluntad, importunarla diciéndole: ¡Bonita, encanto, tesoro!... (*Separándose después de haber colocado os piropos a Liberada.*) ¡No hay derecho!

FEDERICO.—(*Muy enérgico.*) ¡No, señor; no hay derecho!

AMADOR.—(*A Liberada.*) ¿Ve usted? Naturalmente que no lo ay. ¿Qué, ya está ahí el sumario?

FEDERICO.—Sí, señor.

AMADOR.—Pues voy un momento a otra secretaría y vuelvo. A er si para entonces ya han acudido los testigos. Hasta ahora. (*Mutis primera derecha.*)

ESCENA VI

LIBERADA, FEDERICO y MENENDEZ. Después VALENTINA y PETRA.

LIBERADA.—¡Federico!...

FEDERICO.—¡No hay derecho!

LIBERADA.—Ya lo has dicho.

FEDERICO.—¡Sí, a lo que no hay derecho es a que seas tú tan coqueta!

LIBERADA.—¿Qué dices?

FEDERICO.—¡Lo que acaban de ver mis ojos!

LIBERADA.—¡Si me estaba contando una causa!

FEDERICO.—¿Pero tú crees que a mí me la da ese necio? Un abogado engañará a cualquiera, pero a un oficial de mesa de un Juzgado no le engaña ni todo el Colegio de abogados en pleno.

LIBERADA.—¡Qué estás obcecado, Federico!

FEDERICO.—¡Que eres tú muy falsa!

LIBERADA.—¡Me ofendes!

FEDERICO.—Pues para no ofenderte más, lo mejor es que lo dejemos. (*Por la primera derecha entran VALENTINA y PETRA.*)

VALENTINA.—Buenos días.

LIBERADA.—¡No, eso no, Federico mío! ¡Si yo no quiero a nadie más que a ti!

VALENTINA.—¡Atiza!

FEDERICO.—¡Pero flirteas con cualquiera!

LIBERADA.—¡Eso es mentira!

VALENTINA.—¡Señorita!

FEDERICO.—¡Y a mí no me pones tú en ridículo!

LIBERADA.—¡Que te engañan los celos!

FEDERICO.—¡Déjame!

LIBERADA.—¡No quiero!

VALENTINA.—¡Pero Liberada!...

FEDERICO.—¡Hemos terminado!

LIBERADA.—(*Abrazándose a él.*) ¡No, Federico mío, no!

FEDERICO.—¡Que me dejes!

LIBERADA.—¡Antes me matas! (*El tratando de huir y ella asiéndose a él, hacen mutis por la segunda derecha.*)

VALENTINA.—¡Señores!... ¡Es lo que me quedaba por ver! ¡He ido a tomar de abogado a la dama de las camelias!

PETRA.—Es una pasional.

VALENTINA.—Es una idiota.

PETRA.—Pues así soy yo.

VALENTINA.—Ya lo sé, hija mía.

PETRA.—Digo de pasional.

VALENTINA.—¡Y yo de idiota!

PETRA.—¡Señorita!...

ESCENA VII

VALENTINA, PETRA, PASCASIO, AMADOR y MENENDEZ.

(Por la primera derecha entra AMADOR y detrás PASCASIO.)

AMADOR.—Pase por aquí.

VALENTINA.—*(A Petra.)* ¡Calla, que mira quien entra!

AMADOR.—*(A Menéndez.)* ¿No ha venido ningún testigo?

MENENDEZ.—Nadie.

AMADOR.—*(Al fijarse en Valentina y Petra, que están sentadas en el banco del lado derecho.)* ¡Ah, caramba! ¿Se ha fijado usted?

PASCASIO.—¡Quien hace caso de medias noches, habiendo noches enteras!

VALENTINA.—*(A Petra.)* ¡Ay que ver lo desmejorado que está ese animal en los pocos días que falta de casa. ¡Claro que también habrá que ver cómo lo estarán tratando!

PETRA.—Pues yo le encuentro mejor, señorita. Y hasta más guapo.

VALENTINA.—Oye tú, pasional, ¿pero es que yo te he traído conmigo para que me lleves la contraria.

PETRA.—Señorita, usted pregunta y una da su opinión. Ahora, si molesto, de aquí en adelante me haré cuenta de que soy un monaguillo y a todo lo que me diga contestaré amén.

VALENTINA.—¿Sí, eh? ¡Y yo me la haré de que soy obispo, y puede que te confirme!

PETRA.—¡Señorita!...

VALENTINA.—¡Pues estoy yo de buen temple! Tengo los nervios que me servirían para varillas de paraguas, pero de esos grandes de anuncio.

AMADOR.—*(A Pascasio.)* Debería usted saludar a su señora.

PASCASIO.—¡En seguida! Para que se crea que trato de reconciliarme con ella.

AMADOR.—No, para demostrar que en usted es hábito de cortesía.

PASCASIO.—Déjese de complicaciones y vamos al asunto, que ya estoy deseando que termine mi divorcio y el de mi futura señora—la actual de Balconcillo—, que pasará a ser de Andanada en cuanto nos unamos.

AMADOR.—¿Están ustedes de acuerdo?

PASCASIO.—Hasta en el color del linoleum. Estamos como dos

tórtolos, y ella más atortolá todavía. Dice que tengo en la conversación una *voluptuosidad* que le recuerda a Marco-Antonio.

AMADOR.—¡Caray! Si Marco Antonio nació el año ochenta...

PASCASIO.—Mi edad.

AMADOR.—Pero antes de Jesucristo.

PASCASIO.—¡Ah! Yo soy de después.

AMADOR.—Naturalmente.

PASCASIO.—Pues será a otro Marco Antonio al que ella se refiera. El caso es que encuentra en mí los suficientes atractivos para enamorarse. (*Levantando la voz y acercándose hacia la derecha para que le oiga Valentina.*) Y hacerme grata la existencia, porque, sin presumir de tobillero, aun hay aquí figura...

VALENTINA.—¡Para un cascotazo!

PASCASIO.—¿Ya estamos tirando chinitas?

VALENTINA.—¡Cascotes, cascotes! He dicho cascotes. Yo no soy miserable ni para tirar cosas.

PASCASIO.—Le advierto a usted, señora, que si viene en son de pelea pierde el tiempo lastimosamente, porque yo ¡ni la escucho! Y lo que siento es que aun la veo.

VALENTINA.—Pues yo también le veo a usted, ¡so mamarracho!, y le veo y no le veo como siga diciendo groserías.

PASCASIO.—¡Le ruego que no me dirija la palabra!

VALENTINA.—¡No habérmela dirigido usted!

ESCENA VIII

Dichos y FEDERICO.

FEDERICO.—(*Por la segunda derecha.*) Señora, su abogado le ruega que pase.

VALENTINA.—Que se espere, que bastante me ha hecho esperar ella a mí. (*A Pascasio.*) Decía que usted fué el que inició esta conversación, al ponerse a hacer el ganso, levantando la voz para que yo le oyera que si había o no había mujeres que se bizcaban por sus hechuras *gitábanas*... ¡Para matarlo! ¡Vamos, que presumir usted, con esa pinta! Usted no puede presumir ya más que de reuma.

PASCASIO.—¡Valentina!

VALENTINA.—¡A ver, que le miren los calzoncillos, a ver si no los lleva de bayeta!

PASCASIO.—¡Hemos acabado, señora!

VALENTINA.—¡Y tan acabado! De esto no tenga usted ninguna duda; pero que, vamos, si tuviera usted algo más que serrín en la claraboya, no se hubiese usted puesto a alardear de conquistador delante de la que aun es su esposa y que si está tan comedida, es porque es muy decente y muy como es debido, y hasta que el divorcio termine no se considera desligada de la fe que prometió. Claro que una vez que sea libre, no crea usted que me voy a morir de pena, ni a meterme en un rincón... ¡qué disparate! Me aviaré con todos los refinamientos de la coquetería y con la cara alegre y la mirada desafiadora saldré a la calle pidiendo guerra... Y entonces puede que se entere usted de la mujer que ha tenido, cuando vea que los hombres, embobados con su gracia, le hacen calle y la dicen al pasar: "¡Qué monumento!... ¡Qué monumento!" (*Mutis por la segunda derecha.*)

PASCASIO.—Lo menos se ha creído que es la Giralda.

ESCENA IX

PETRA, PASCASIO, AMADOR, FEDERICO y MENENDEZ.

AMADOR.—Oiga usted, Federico: ¿no podríamos empezar?

FEDERICO.—Estoy esperando a que salga el abogado de la parte contraria.

AMADOR.—¡Ah, muy bien! (*Amador saca un periódico y se pone a leer junto a la ventana, en el lado izquierdo del foro. Federico y Menéndez consultan papelotes, detrás de la mesa, y Petra, que está al lado derecho, llama la atención a Pascasio, que se acerca a ella.*)

PETRA.—¡Señorito!...

PASCASIO.—Hola, mujer.

PETRA.—Pero ¿no me había visto usted?

PASCASIO.—Sí, hija; pero con estas complicaciones... ¿Qué, qué ha habido por casa durante estos días que yo he faltado?

PETRA.—Pues ya ve usted, la señorita tan contenta. Yo soy la que ha estado bastante triste.

PASCASIO.—¿Qué te ha ocurrido?

PETRA.—¿Y me lo pregunta usted?

PASCASIO.—Me parece que es el único medio de enterarme.

PETRA.—¡Pues debía usted suponérselo!...

PASCASIO.—Hija, yo soy muy torpe para las charadas.

PETRA.—Me da mucho rubor decírselo..., pero, vamos..., como ya veo que, efectivamente, van ustedes a divorciarse...

PASCASIO.—¡Toma!... ¡Y tan efectivamente!

PETRA.—¡Pues ea; para qué andar con remilgos!... ¡Le voy a contestar a usted, señorito!... Y eso que creo que ya no debía llamarle a usted... ¡señorito!

PASCASIO.—Pues no me lo llames. Después de todo, tienes razón. Ya no soy tu señorito.

PETRA.—¡Es verdad! Ya no es usted mi señorito porque ha pasado usted a ser... ¡el hombre a quien ya puedo querer libremente y a quien adoro!

PASCASIO.—¡Pero, Petra!... ¿Qué dices?

PETRA.—¡Qué me he decidido! Ya se acordará que cuando usted me pretendió...

PASCASIO.—¿Yo?

PETRA.—¡No me haga sufrir fingiendo un olvido que no es cierto! Usted me pretendió y yo no quise ni escucharle entonces, porque estando en su casa me parecía una traición, y yo soy incapaz de una vileza. Pero le prometí pensarlo, y ahora, que ya va a ser usted enteramente libre, antes de que otra se anticipe y se apodere de usted... Y eso que creo que ya no debía llamarle de usted...

PASCASIO.—¡Tú crees una porción de tonterías!

PETRA.—¿Qué escucho?

PASCASIO.—¡Que te serenes y vuelvas a la realidad! ¡Yo no te he pretendido nunca!

PETRA.—¿Cómo que no? ¡Y tuve que rogarle que se contuviera!

PASCASIO.—¡Muchacha, que estás demente!

PETRA.—¡Dios mío!... ¡Con las noches que me he pasado soñando con usted y diciendo en voz alta: Pascasio, Pascasio mío! (*Se abraza a él.*)

PASCASIO.—(*Calmándola.*) ¡Bueno, bueno, mujer! (*Aparte.*) (¡Otra víctima! ¿Qué tendré yo este año para las señoras?)

PETRA.—¡Pascasio!... ¡Mi Pascasio!

ESCENA X

Dichos y CRISTINA.

CRISTINA.—(*Entra por la primera derecha, y al ver a Petra abrazada a Pascasio, exclama.*) ¡¡Ah!!

PASCASIO.—¡Atiza!

CRISTINA.—¡Qué horror!

PASCASIO.—¡Cristina!...

CRISTINA.—¡Déjeme usted en paz! (*Se dirige a la mesa.*)

PETRA.—(*A Pascasio.*) ¡No me deje sola!

CRISTINA.—Muy buenos días.

AMADOR.—A sus órdenes, señora.

PASCASIO.—(*A Petra.*) Siéntate y espera a tu señorita. Ahora no me puedo ocupar de ti,

PETRA.—¡Qué ingrato! (*Se sienta en el banco.*)

PASCASIO.—(*A Amador con quien habla Cristina.*) ¡Con permiso! (*Llevándose a Cristina aparte.*) Escúchame, Cristina...

CRISTINA.—Es inútil. Ya me he dado cuenta de su afición a las criadas de servicio, que es la pasión más cursi que conozco. Es usted un tenorio doméstico.

PASCASIO.—¡Pero si yo no quería! Era ella...

CRISTINA.—¡No me dé usted explicaciones, que me ponen nerviosa las mentiras!

PASCASIO.—¡Pero si no es mentira!

CRISTINA.—¿Y era usted el que me juraba que me tendría una fidelidad de perro?

PASCASIO.—¡Más aún! ¡De perro disecado!

CRISTINA.—¡Embustero!... ¡Son ustedes todos lo mismo!... ¡Falsos, perjuros, polígamos!

PASCASIO.—¡Por su madre, escúcheme!

CRISTINA.—¡Y pensar que yo me estaba interesando por él!

PASCASIO.—¡Cristina mía!

CRISTINA.—¡Yo no soy nada de usted!

PASCASIO.—¡Tesoro mío!

CRISTINA.—¡Engañarme..., hasta antes de haberme separado de mi marido!

PASCASIO.—¡No lo creas!

CRISTINA.—¡Infame!... ¡Embaucador!... ¡Ay, que me da el histérico!... ¡Ay..., ay! (*Le da el ataque.*)

PASCASIO.—(*Sujetándola en sus brazos.*) ¡Pero, Cristinita!

AMADOR.—¿Pero qué le ocurre?

CRISTINA.—¡Ay!... ¡Ay!

ESCENA XI

Dichos y TEODORO. Luego VALENTINA y LIBERADA.

TEODORO.—(*Por la izquierda.*) ¿Qué pasa aquí? (*Al ver a Cristina en brazos de Pascasio.*) ¡¡Ah!! ¿Usted abrazando a mi mujer?... ¡Miserable! (*Le da una bofetada.*)

PASCASIO.—¡Mi madre! (*Suelta a Cristina, que inmediatamente vuelve en sí, sin necesitar el auxilio de Amador, que había acudido a sostenerla.*)

FEDERICO.—¡Atiza!

MENENDEZ.—¡Arrea!

AMADOR.—¡Que la estaba sosteniendo!

PASCASIO.—¡Le pisoteo el hígado!

TEODORO.—¡Atrévase! (*Los contienen.*)

PETRA.—(*Abalanzándose sobre Pascasio y trayéndoselo al lado derecho.*) ¡No, Pascasio!... ¡Tú no te pierdas!

PASCASIO.—¡Déjame en paz, imbécil!

PETRA.—¡Despreciarme de esa manera! ¡Ay..., ay..., ay... (*Le da un ataque y cae desmayada en los brazos de Pascasio.*)

CRISTINA.—¡A mí no se me acerque usted!

TEODORO.—¡Pero, Cristina!

PASCASIO.—¡Otra que se me priva!

VALENTINA.—(*Entrando por la segunda derecha, seguida de Liberada. Al ver a Pascasio.*) ¡¡Ah!! ¿Abrazando a mi doncella, y en público?

PASCASIO.—¡Si se ha desmayado!

VALENTINA.—¡Canalla! (*Le da una bofetada.*)

TEODORO.—¡Ay!

PASCASIO.—¡Releñe..., y van dos!

VALENTINA.—¡Aprenda usted a tener decoro! (*Pascasio, al recibir la bofetada, se desprende de Petra, a quien recoge Liberada.*)

LIBERADA.—(*Tratando de reanimar a Petra, que lo hace en seguida.*) ¡Señorita!

PASCASIO.—¡Esto es un atropello!

VALENTINA.—¡Y usted es un sátiro! (*En el lado izquierdo, Teodoro trata de reconciliarse con su mujer, que le rechaza y se acerca a Amador.*)

CRISTINA.—¡Reclamo su protección, caballero!

TEODORO.—¡Cristina, que me lío a tiros!

AMADOR.—¡Le ruego que no moleste a mi cliente!

TEODORO.—¡Es mi mujer! (*Siguen disputando.*)

VALENTINA.—¡Hace falta tener poca vergüenza!

PASCASIO.—¿Pero, encima insultos?

VALENTINA.—¡So viejo verde!

FEDERICO.—(*Golpeando en la mesa con un tintero.*) ¡Orden, orden, señores!

PASCASIO.—¡Tengo los carrillos echando humo!

VALENTINA.—(*A Petra.*) Y tú, preciosa, a espabilarte a la calle. Ya te estás largando a casa, a recoger tu baulito.

PETRA.—Pero, ¿cómo?

VALENTINA.—¡A toda velocidad, si no quieres irte de la patada que te dé en los riñones!

LIBERADA.—¡Cálmese!

PETRA.—¡Qué desgraciada soy! (*Mutis primera derecha.*)

TEODORO.—(*A Cristina.*) ¡Tienes que oírme y me oyes!

CRISTINA.—¡Que pido auxilio!

VALENTINA.—¿No podía usted haberse esperado siquiera unas horas?

PASCASIO.—¡No tengo que darle a usted explicaciones!

VALENTINA.—¡Indecente!

PASCASIO.—¡Valentina, que no respondo!

VALENTINA.—¡Pégueme usted si se atreve!

CRISTINA.—(*A Teodoro.*) ¡Que te he dicho que no!

TEODORO.—¡Cristina!

AMADOR.—¡Señor mío!

VALENTINA.—¡Calzonazos!

FEDERICO.—(*Golpeando furiosamente en la mesa.*) ¡Orden, orden, repito o desalojo el local!...

VALENTINA.—¡Un poco de paciencia, Besteiro, que antes también tuvimos que aguantarle a usted lo suyo! Y si esto no es la plaza de la Cebada, tampoco será un cine.

AMADOR.—Señores: Yo ruego a todos un poco de calma para que podamos dar cima al objeto para que hemos sido convocados. A menos que las partes desistan de llevar adelante la demanda.

PASCASIO.—¿Quién habla de desistir? Lo que estoy deseando es ser libre cuanto antes.

VALENTINA.—Pues la que le oye a usted... ¡Para qué contarle, hermano!

PASCASIO.—(*Aparte.*) (Estas dos tortas que me he tragado yo hoy se le tienen que indigestar a alguno.) (*Se sienta al fondo, junto a la mesa; Valentina y Liberada lo hacen en el banco del lado derecho.*)

FEDERICO.—Aun no ha venido casi ningún testigo; pero iremos despachando a los que hay. Desde luego, las partes, ¿se ratifican en las declaraciones que han presentado sus abogados!

PASCASIO.—Desde luego.

VALENTINA.—Sí, señor.

FEDERICO.—¿No tienen nada que añadir?

PASCASIO.—Yo añadiría que he sido abofeteado.

VALENTINA.—¡ Por impúdico !

PASCASIO.—¡ Por una tía loca !

VALENTINA.—¡ Sinvergüenza !

PASCASIO.—¡ Y por un cobarde !

TEODORO.—¡ Eso de cobarde !... (*Trata de ir hacia Pascasio, y Amador le obliga a sentarse donde estaba, que es en el lado izquierdo.*)

AMADOR.—¡ Tenga la bondad de no moverse de su sitio !

PASCASIO.—¡ Ay, si no me las paga !

CRISTINA.—La lástima es que no ha dado usted con otro hombre que le hubiera correspondido.

TEODORO.—¿ A mí ? ¡ No hay quién !

PASCASIO.—¡ Ya lo veremos !

FEDERICO.—Pero, señores, ¿es que vamos a empezar otra vez?

VALENTINA.—¡ Buena gente se ha reunido aquí, buena gente !

LIBERADA.—Usted no haga caso.

FEDERICO.—Pues no teniendo nada que añadir, tengan la bondad de firmar sus declaraciones. Pascasio Andanada.

PASCASIO.—Servidor. (*Va a la mesa.*)

FEDERICO.—Aquí.

PASCASIO.—(*Después de firmar.*) Encantado de firmar mi libertad.

VALENTINA.—¡ Una pluma, corriendo, para mí !

LIBERADA.—Un poco de paciencia.

FEDERICO.—Valentina Pérez de Andanada.

VALENTINA.—Con la pluma en la mano.

FEDERICO.—Aquí.

VALENTINA.—(*Después de firmar.*) ¡ Gracias a Dios que me libré de la esclavitud !

LIBERADA.—Aun hay que esperar a lo que el juez decida.

VALENTINA.—¿ Todavía ?

FEDERICO.—Vamos con los testigos. Cristina Estrada de Balconcillo.

CRISTINA.—Servidora. (*Estaba sentada junto a la ventana del lado izquierdo, a la izquierda de Amador. Se levanta y va a sentarse en una silla que habrá delante de la mesa.*)

FEDERICO.—Siéntese.

CRISTINA.—Gracias.

FEDERICO.—¿ Usted ha sido testigo de alguna de las disputas habidas entre el matrimonio Valentina Pérez y Pascasio Andanada?

VALENTINA.—¡ Toma ! Ella y todos los presentes. ¡ Pues menuda acabamos de tenerla aquí mismo !

FEDERICO.—Tenga la bondad de contestar cuando se la pregunte.

PASCASIO.—¡Y luego presume de educación!

FEDERICO.—¡Diga, señora!

CRISTINA.—Pues yo, de este matrimonio, lo único que puedo declarar es que los conocí en el cuartito que mi esposo le tiene puesto a una sinvergüenza...

TEODORO.—¡Eso es falso!

VALENTINA.—¡Es mucha verdad! Y aun quería ponerle otro mejor.

FEDERICO.—¡Y dale!

LIBERADA.—¡Pero cállese!

CRISTINA.—¿Conque falso y le encontré a usted en pijama?

FEDERICO.—Señora, de esto ya hablará usted con motivo de su divorcio. Ahora limítese a decir lo que sepa respecto del matrimonio por quien se le pregunta!

CRISTINA.—Pues de ese matrimonio ni sé nada, ni me importa.

FEDERICO.—¿Qué concepto le merecen?

CRISTINA.—¡Detestable!

VALENTINA.—(*Con sorna*) ¿Mi marido también?

CRISTINA.—También.

VALENTINA.—¡Parece increíble! ¡Con el gusto que le abrazaba usted el otro día!

PASCASIO.—¡Eso es mentira!

TEODORO.—¡Ya ajustaremos cuentas!

VALENTINA.—¡Te desprecia por gordo!

FEDERICO.—¿Pero no se puede usted callar?

VALENTINA.—Cuando oigo una tontería, no, señor. Y como dicen ustedes tantas...

FEDERICO.—¡Basta!

LIBERADA.—¡No sea usted imprudente! Está usted empeorando la causa.

VALENTINA.—(*Aparte.*) (Me parece que esta abogadita va a ir detrás de la doncella.)

ESCENA XII

Dichos y CIRIACO.

(*Por la primera derecha entra CIRIACO tímidamente. Trae la papeleta de citación en la mano.*)

CIRIACO.—Muy buenas.

VALENTINA.—Pero, ¿a qué vienes tú aquí, alhaja?

CIRIACO.—¿Eeeh?

VALENTINA.—¿Que a qué vienes?

CIRIACO.—Que la señá Nicasia no puede venir porque está de parto.

VALENTINA.—Pero, ¿ya?

CIRIACO.—Sí, señora.

VALENTINA.—¿Y qué ha tenido?

CIRIACO.—Dos terneros.

VALENTINA.—¿Pero cómo va a tener dos terneros la Nicasia?

CIRIACO.—Si la que parido es una vaca. Ella es que la está asistiendo.

VALENTINA.—¡Que te zurzan! (*Le hace señas de que se acerque a la mesa.*)

FEDERICO.—¿Trae usted citación?

AMADOR.—Acérquese.

PASCASIO.—Es como una tapia.

FEDERICO.—(*Gritándole.*) ¿Su nombre es Ciriaco Torralba?

CIRIACO.—Sí, señor.

FEDERICO.—¿Dónde vive?

CIRIACO.—Nicasio Gallego, 112. En la lechería "La ubre monumental".

FEDERICO.—¿Y qué servicios desempeña?

CIRIACO.—¿Eeeh?...

PASCASIO.—¿Que qué hace usted allí?

CIRIACO.—Estoy para recibir los avisos por teléfono.

PASCASIO.—¡Pues sí que recibirá muchos!

CIRIACO.—Y pa repartir

FEDERICO.—¿Y qué sabe usted de las relaciones que mediaban entre don Pascasio y su señora?

CIRIACO.—¿Eeeh?...

PASCASIO.—(*Gritando.*) ¿Que qué sabe?

CIRIACO.—Ordeñar.

FEDERICO.—¡Es imposible!

AMADOR.—Y sin importancia su declaración. Mi opinión es prescindir de él.

LIBERADA.—Y la mía.

ESCENA XIII

DICHOS, ESMERALDINA y JENARA.

ESMERALDINA.—(*Entrando por la primera derecha, seguida de JENARA.*) Muy buenos días.

JENARA.—¡Chica, qué barbaridad!... ¡Cuántos amigos!

VALENTINA.—¡Ya estamos todos aquí!

CRISTINA.—¡Esa mujer!

TEODORO.—(¡Y cómo la hablo yo delante de ésta!)

ESMERALDINA.—Traía esta carta para el señor secretario.

FEDERICO.—(*Saliendo delante de la mesa.*) No está, pero yo le represento. (*Lee la carta.*)

VALENTINA.—(*Aparte.*) (¿Qué se traerán estas pájaras en el buche?)

TEODORO.—(¡Está que chilla de guapa!)

FEDERICO.—Pues descuiden, que se les atenderá lo mismo que si hubiera estado don Anselmo.

ESMERALDINA.—Nos era muy violento tener que declarar delante de tanta gente, y así, haciéndolo aparte, nos evitan ese bochorno.

JENARA.—Y que muy fácilmente nos sueltan una pullita, contestamos con una chirigota y ya se armó el mitin.

FEDERICO.—¡No, por Dios, que estamos en sesión continua! ¡Pasen por aquí! (*Mutis los tres por la izquierda.*)

VALENTINA.—(*A Liberada.*) Pero, ¿qué óleos vienen a pintar aquí ese par de galochas?

LIBERADA.—Trataré de enterarme.

TEODORO.—(*Después de mirar disimuladamente por el cristal de la mampara.*) (Ese fresco se va a aprovechar de que yo no puedo intervenir.)

CRISTINA.—¡Ahí la tiene usted! Por mí no se prive de hacerle la visita.

TEODORO.—Cristina, eso ha sido un relámpago y tú eres la eternidad.

CRISTINA.—¡Y tú, un sinvergüenza!

TEODORO.—Lo que quieras, pero perdona y olvida.

CRISTINA.—¡Nunca! ¡Le odio a usted!

PASCASIO.—(*A Amador, con quien está hablando delante de la mesa.*) Si no fuera necesaria mi presencia, yo preferiría marcharme, porque después de haber firmado la declaración me encuentro violento delante de mi mujer.

AMADOR.—Pues váyase, que si algo ocurre aquí estoy yo.

LIBERADA.—(*Paseándose ante la puerta de la izquierda, atisbando por el cristal de vez en cuando.*) (¡Qué hará ése ahí con esas mujeres!)

PASCASIO.—(*A Amador.*) Acompáñeme hasta la puerta, que quiero escurrirme.

AMADOR.—Con mucho gusto.

PASCASIO.—Hasta la tarde.

AMADOR.—Adiós. (*Mutis Pascasio primera derecha.*)

VALENTINA.—(*Aparte.*) (Se ha marchado y sin decir siquiera: "¡Por ahí te pudras!" La mujer que le llega a tomar cariño a un hombre la debían atar al cuello una piedrecita de tres arrobas y, con mucho cuidado, ¡al océano, a alimentar sardinas! Y no es que sienta haberme divorciado, porque cada minuto es mayor mi alegría. Qué digo cada minuto, ¡cada segundo!... ¡Si estoy ya que me troncho!)

CRISTINA.—¡Le he dicho a usted que me divorcio, y me divorcio!

TEODORO.—¡Cristina, que yo voy a hacer una barbaridad!

ESCENA FINAL

Dichos, PETRA y dos HOMBRES.

PETRA.—(*Por la primera derecha.*) ¡Ay, señorita, qué desgracia!

VALENTINA.—¿Pero tienes valor de volverte a presentar ante mí?

PETRA.—Perdóneme usted, señorita, que es que yo no sabía irme de pena que tenía. Estaba esperando a que usted saliera...

VALENTINA.—¡No me importa nada tuyo!

PETRA.—¡Pero si no es nada mío! Si es que al salir de aquí le ha atropellado un auto al señorito.

VALENTINA.—¿Qué dices?

PETRA.—¡Y si no le ha matao, le debe faltar muy poco!

TODOS.—¿Eeeh?...

VALENTINA.—¿Pero a Pascasio?... ¡Pascasio! (*Se precipita hacia la primera derecha a tiempo que entra PASCASIO, sin sombrero y con las ropas rotas. Le acompañan un ordenanza y un particular.*)

PASCASIO.—No se alarmen, que no ha sido nada.

VALENTINA.—¡Pascasio!

AMADOR.—¿Pero le ha atropellado?

ORDENANZA.—¡Menudo revolcón!

PASCASIO.—Pero no me ha hecho nada, sietes aparte. (*Liberada hace mutis a la secretaría repentinamente. Valentina, que está repasando a su marido, le advierte un pequeño arañazo en el cuello.*)

VALENTINA.—¡Aquí tienes sangre!

PASCASIO.—Que no, mujer. Si no ha sido más que el susto.

VALENTINA.—¡A ver un vaso de agua! ¿Pero no hay aquí quien traiga un vaso de agua?

MENENDEZ.—En seguida. (*Mutis segunda derecha.*)

VALENTINA.—(*Señalándole en el cuello.*) Tienes todo esto amoratado.

PASCASIO.—Bueno, señora, menos sobeo, que usted no tiene ya nada que ver conmigo.

VALENTINA.—¡Ni ganas, so animal!

MENENDEZ.—(*Por la segunda derecha con un vaso de agua.*) El agua.

VALENTINA.—(*Dándole el vaso de agua a Pascasio, que se lo bebe.*) Si le atiendo a usted es por humanidad exclusivamente.

PASCASIO.—Es que yo insisto en divorciarme.

VALENTINA.—¡Y yo, con más fuerza que antes!

PASCASIO.—¡Ah, entonces bueno! (*Vuelve a beber. Se oye un estrépito de grandes voces hacia la secretaría.*)

AMADOR.—¡Pero otro escándalo! (*Por la izquierda salen en pelotón y disputando ESMERALDINA, JENARA, LIBERADA y FEDERICO.*)

ESMERALDINA.—¡Qué horror!

JENARA.—¡Vaya una niña!

FEDERICO.—¡Eres injusta!

LIBERADA.—¡La estabas abrazando!

FEDERICO.—¡Mentira!

TEODORO.—¡Ay, qué canalla! ¡Para que se fíe uno de los amigos!

ESMERALDINA.—Vámonos, Jenara, que está visto que de algún tiempo a esta parte no se me logra nada.

JENARA.—Calla, mujer; si no vamos a un sitio que no tengamos que salir corriendo. Ni que fuéramos *dos globes troters.*

TEODORO.—¡Cristina, hagamos las paces, que me corre prisa! ¡Que tengo que ir a matar a un granuja! (*Por Federico.*)

CRISTINA.—¡Nunca! ¡Viva el divorcio!

VALENTINA.—Anda, vamos a casa.

AMADOR.—Pero, ¿es que ya no se divorcian ustedes?

PASCASIO.—¡No hemos de divorciarnos!

VALENTINA.—¡Naturalmente que nos divorciaremos! ¡No faltaría más! Pero cuando se ponga bien. Mientras tanto, vayan ustedes a cumplir con su deber de activar el divorcio, que yo me voy a cumplir con el mío de cuidar a mi marido.

PASCASIO.—¡Pero conste que yo insisto en divorciarme.

VALENTINA.—(*Tirando de él hacia la primera derecha.*) ¡Anda a tu casa, chalao, anda a tu casa!

PASCASIO.—¡Que yo quiero divorciarme! (*Valentina sigue tirando de él, y cae el telón.*)

FIN DEL JUGUETE

Gutiérrez

Semanario español de humorismo

K-HITO, DIRECTOR

Los mejores escritores humorísticos

Concursos raros

Secciones extrañas

Contra la neurastenia

Contra la hipocondría

20 páginas

30 CENTIMOS

Colores 4

COMPRELO USTED TODOS LOS SABADOS

LA FARSA

está a la venta en la

LIBRERIA Y EDITORIAL MADRID

ARENAL, 9. - MADRID

Donde puede usted suscribirse, adquirir el número de la semana y los números atrasados que le falten para completar su colección

RIVADENEYRA (S. A.). — MAD